

Ilustración Artística

Año XXVI

BARCELONA 19 DE AGOSTO DE 1907

Núm. 1.338

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ANTÍCOLI-CORRADO, cuadro de Mariano Barbasán

ADVERTENCIA

Con el número próximo repartiremos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el tomo tercero de la presente serie, que es la preciosa novela

SOLEDAD

original de la eminente escritora que oculta su nombre bajo el seudónimo de Víctor Catalá.

Esta novela es indudablemente una de las mejores joyas de la literatura catalana contemporánea, y estamos seguros de que ha de ser una de las más importantes obras de nuestra biblioteca.

De la bondad de su traducción es garantía el nombre de D. Francisco J. Garriga, el ilustrado catedrático del Instituto de Oviedo. En cuanto á las ilustraciones, con decir que son originales del genial artista Sr. Mas y Fondevila queda hecho su mayor elogio.

SUMARIO

Texto.—*Crónica de teatros*, por Zeda. — *Lo imprevisto*, por la Baronesa de Wilson. — *Julio Romero de Torres*, por Manuel Carretero. — *Carrera automovilista Pekín-París*. — *Vitoria*. — *Colocación de la primera piedra de la catedral*. — *San Sebastián*. — *Visita de los marineros japoneses*. — *La entrevista de Swinemünde*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *El marido de Aurelle*, novela ilustrada (continuación). — *La casa de un manatí*, por A. W. Dimock.

Grabados.—*Anticoli-Corrado*, cuadro de Mariano Barbasán. — Dibujo de Calderé que ilustra el artículo *Lo imprevisto*. — *Julio Romero de Torres*. — *Flor de estufa*. — *Rosarillo*. — *A la amiga*. — *Aurora roja*. — *La merendilla*, cuadros de Julio Romero Torres. — *Carrera automovilista Pekín-París*. — *Vitoria*. — *Colocación de la primera piedra de la nueva catedral*. — *San Sebastián*. — *Los buques de guerra japoneses*. — *El sembrador*. — *El descargador*, esculturas de Constantino Meunier. — *Humanidad*, grupo escultórico de Ricardo Jakitsch. — *Swinemünde*. — *Entrevista del zar Nicolás II de Rusia y del emperador Guillermo II de Alemania*. — Cuatro reproducciones de escenas referentes á la caza del manatí. — *Ponts-de-Ce (Francia)*. — *La catástrofe del puente de Maurilliers sobre el Loira*.

CRÓNICA DE TEATROS

En estas noches caniculares, la gente madrileña, condenada por fas ó por nefas á asarse más ó menos lentamente en la villa del oso y del madroño, uno de los recursos con que cuenta para librarse de los peligros de la asfixia, es irse á respirar el aire que orea las frondosas alamedas del Retiro, en donde se ha instalado la modesta, pero simpática exposición de industrias locales. Allí, además de aire respirable, hay setos de arbustos, árboles, explanadas sin polvo, cervicerías, cafés, conciertos, títeres... y hasta su poquito de teatro. Claro es que apenas si se oye la música ni á los cantantes; pero una y otros son pretexto para que las chicas casaderas charlen con sus novios, para que las que no los tienen los encuentren y para que hombres ó mujeres que no se hallan en estado de merecer sueñen al runrún de la música con frescas y dilatadas playas, con los conciertos de San Sebastián ó de Santander, con las fiestas de Biarritz ó con amenas excursiones por los montes y valles de Galicia.

He ido algunas noches al Retiro y he de decir que más que los sonos de la orquesta, las representaciones fragmentarias de ópera ejecutadas en el teatro ó los arriesgados ejercicios de la Agustini, me entretiene el espectáculo que me ofrece el público que acude á la Exposición. De ese «todo Madrid» que brilla en las grandes fiestas del invierno y que llena el Real las noches de moda y el Español los miércoles, no se ve ni una sola persona. El «todo Madrid» falta de Madrid. Falta asimismo la alta burguesía, que aquí, como en todas partes, se despepita por imitar á la aristocracia, y hasta una gran parte del pueblo soberano, que gracias á los trenes botijos puede permitirse el placer de visitar el litoral de la península.

Aquí sólo quedan, durante el mes de agosto, los amarrados al duro banco del trabajo, como el forzado de Dragut al banco de la galera turquesca, ó los que no tienen unas cuantas docenas de pesetas ni persona que se las preste. Esos son los que se congregan por la noche en las alamedas del Retiro. La media luz que allí reina da apariencia de elegantes *toilettes* á las modestas galas con que finge lujo la cursilería, y sombreros cuyos lazos ajados y flores marchitas no podrían resistir el esplendor de los rayos solares, vestidos que á buena luz denunciarían una larga hoja de servicios y zapatos y botas que se rien, hacen un papel muy aceptable.

En uno de los corros que se forman en la gran explanada frontera del teatro, oí la otra noche el siguiente diálogo:

—¿Y ustedes?, decía un señor respetable á una señora respetable también rodeada de tres muchachas de buen palmito, pero cursis, las pobrecitas, como ellas solas.

—No me hable usted de salir, contestó la señora. ¡Madrid de mi alma! En ninguna parte, créame usted, se pasa el verano mejor que en Madrid. Aquí tiene una su casa, sus comodidades... ¡Mientras que fuera!.. Nosotras, ¿verdad, niñas?, íbamos todos los años á San Sebastián. ¡Qué aburrimiento! La concha, el bulevar, el casino... Y luego las fondas, ¡qué fondas! A nosotras el verano nos costaba un sentido y estábamos detestablemente... Así es que yo les dije á éstas: «Se acabaron los viajes,» y ahora lo pasamos tan guapamente. Por el día en nuestra casita muy entornada, con poca luz y sin moscas, y por las noches ó al paseo de Recoletos, que ahora han dado en llamar la playa, ó á Rosales, en donde hace un fresco delicioso, ó aquí, en donde ya ve usted que tenemos de todo, hasta cinematógrafo...

A pesar de esta teoría, que en diferentes formas, pero idénticas en el fondo, exponen casi todos los que *veranean* en Madrid, es lo cierto que la mayor parte de los que gozan de los encantos del Retiro ó de los del paseo de Rosales y Recoletos, se darían con un canto en los pechos por pasar siquiera dos semanas aunque no fuese más que en Pozuelo ó en Carabanchel de Arriba.

Y véase cómo la comedia que representa el público es más entretenida que los pedazos de ópera que se ejecutan en el escenario del teatro del Retiro.

Los demás de Madrid, á excepción de la Zarzuela y del Lírico, están cerrados á piedra y lodo. Las compañías que antes funcionaban en ellos andan ahora haciendo su agosto por provincias.

El teatro de la Zarzuela, que es sin duda uno de los más grandes y mejores de Madrid, está, si no completamente lleno, muy concurrido todas las noches. Funciona en él una compañía compuesta de artistas de escasas pretensiones que representan de un modo bastante aceptable obras de género cómico, en su mayor parte del repertorio de Lara. La entrada á este teatro cuesta quince céntimos, y en tal baratura estriba el favor que desde hace un mes le otorga el público.

En el Gran Teatro, á la gentil é incomparable Loreto ha substituído un cinematógrafo (de ellos hay peste ahora en Madrid), que ha despertado gran curiosidad entre los aficionados á espectáculos emocionantes. Una de las cintas de este cinematógrafo representa la ejecución de varias operaciones quirúrgicas. Por unos cuantos céntimos podemos recrearnos viendo cómo un hábil operador abre en canal á un enfermo, cómo le saca los hígados para limpiárselos y ponérselos como nuevos, cómo le extirpa un cáncer, ó cómo, en fin, le raja, pincha, desuella y cose.

Es un espectáculo muy divertido..., tan divertido, que á mí, que tuve la debilidad de verlo* el día de la inauguración, me ha quitado lo menos para una semana las ganas de comer.

Si en Madrid no tenemos ahora otros sitios de esparcimiento que los que quedan enumerados, á los cuales hay que añadir el Ideal Polistilo, en donde se declama y se patina, en cambio está como quien dice á la puerta de casa el teatro de la ciudad lineal.

La ciudad lineal es un barrio que ha surgido como por encanto al Este de Madrid y á una distancia de la capital que no llegará á cuatro kilómetros. Hace algunos años empezóse á hablar de un proyecto que como todos los que se salen de la rutina, fué calificado de insensato y hasta de ridículo. A un señor chiflado (las iniciativas son siempre chifladas) se le había ocurrido construir una ciudad cuyos habitantes pudieran disfrutar de aire, de luz, de cómoda vivienda y de jardines—cosas de que carece el noventa por ciento de la población de Madrid,—y todo ello por poco dinero.

La idea, como digo más arriba, pareció descabellada. ¿De dónde iban á salir los millones que eran necesarios para llevar á la práctica tan desatinado proyecto? ¿Quién se decidiría á construir en aquellos áridos terrenos? ¿Cómo aunar la suma de esfuerzos que han menester para crear nada menos que una ciudad?

Sin embargo, aquello que parecía locura fué poco á poco convirtiéndose en hecho real. La triste llanura se cubrió de árboles, de huertos, de jardines, y al propio tiempo fueron surgiendo lindos hoteles, elegantes chalets, alegres casitas rodeadas de flores y de arbustos...

Los pesimistas no daban su brazo á torcer. Cierta—decían—se han hecho algunas construcciones, se las ha embellecido todo lo posible; pero ¿quién va á irse á vivir á una legua de Madrid sin tener las ven-

tajas de la capital ni las de una aldea? Pronto fué contestado también victoriosamente este reparo. Un tranvía de vapor que arranca de los Cuatro Caminos, cruza en toda su extensión la ciudad lineal (cinco kilómetros) y va á terminar en las Ventas del Espíritu Santo, pone en fácil comunicación á Madrid con la nueva barriada.

Hoy cuenta la ciudad lineal con todos los adelantos de que disfrutaban las grandes capitales, juntamente con los atractivos de la vida campesina. Allí se puede tener una *serre* con plantas exóticas en el salón y gallinas en el corral; automóvil y pollino, hielo artificial y cabras con las ubres cargadas de leche. Allí se disfruta de todas las comodidades urbanas y de la serena paz de las aldeas. Allí puede uno cultivar por sí mismo las flores de su jardín y oír por teléfono los gorgoritos de las sopranos del Real.

Yo creo—dicho sea de pasada—que en plazo relativamente corto se ha de transformar de modo radicalísimo la vida presente. La ciudad antigua, el amontonamiento antihigiénico de casas, nacido de la necesidad de agruparse en torno de una fortaleza protectora y dentro de un circuito amurallado, no tiene ya razón de ser. Diríase que las casas huyen de las ciudades. Por otra parte, el ferrocarril, el tranvía eléctrico ó de vapor, el automóvil, el globo, van acortando y anularán muy pronto las distancias. El tiempo que ahora se emplea en recorrer la distancia que existe entre el barrio de Salamanca ó de Argüelles y la puerta del Sol, será muy pronto igual al que se gaste en ir desde Madrid al Escorial ó á Aranjuez. No habrá ya ciudades, pueblos, aldeas, sino una gran población diseminada y esparcida por los campos, los valles y los montes, y cuyos habitantes estarán entre sí en íntima y fácil comunicación.

¿Quién que pueda recorrer por unos cuantos céntimos y en pocos minutos treinta ó cuarenta kilómetros se resignará á vivir, pongo por caso, en las infectas casas de los barrios bajos de Madrid ó en los repugnantes suburbios de las rondas de Valencia ó de Embajadores, teniendo por poco precio cómodas y sanas viviendas en el campo y por precio mucho más económico que el que ahora cobran los dueños sin entrañas de los tugurios madrileños?

Yo, como cualquier hijo de vecino, me indigno cuando veo correr por las calles automóviles con velocidad desenfrenada, cuyos viajeros no van á ninguna parte; pero pasado el primer movimiento de protesta contra los desatentados atropelladores automovilistas, pienso que ese vehículo, hoy casi exclusivamente de lujo, será pronto, como lo son el tren y el tranvía, el carro del pobre, y que gracias á él, la población que actualmente se asfixia en los chiribitiles de las grandes ciudades, podrá sin desatender sus fábricas, sus talleres, sus escritorios, disfrutar del aire, de la tierra, del sol, dones que Dios ha concedido á todos los hombres.

Volviendo ahora á la ciudad lineal, primera etapa en lo que á Madrid se refiere de esa expansión, que pronto, muy pronto, será un hecho, he de añadir á lo dicho que de día en día va adquiriendo mayor importancia y belleza. Entre sus últimas construcciones hay una verdaderamente grandiosa en que se reúnen, en un espacio relativamente pequeño, varios sitios de recreo á cual más cómodos y elegantes. Cuenta dicha construcción con un excelente restaurant, un magnífico juego de pelota, sala para conciertos, café, teatro y no sé cuántas cosas más.

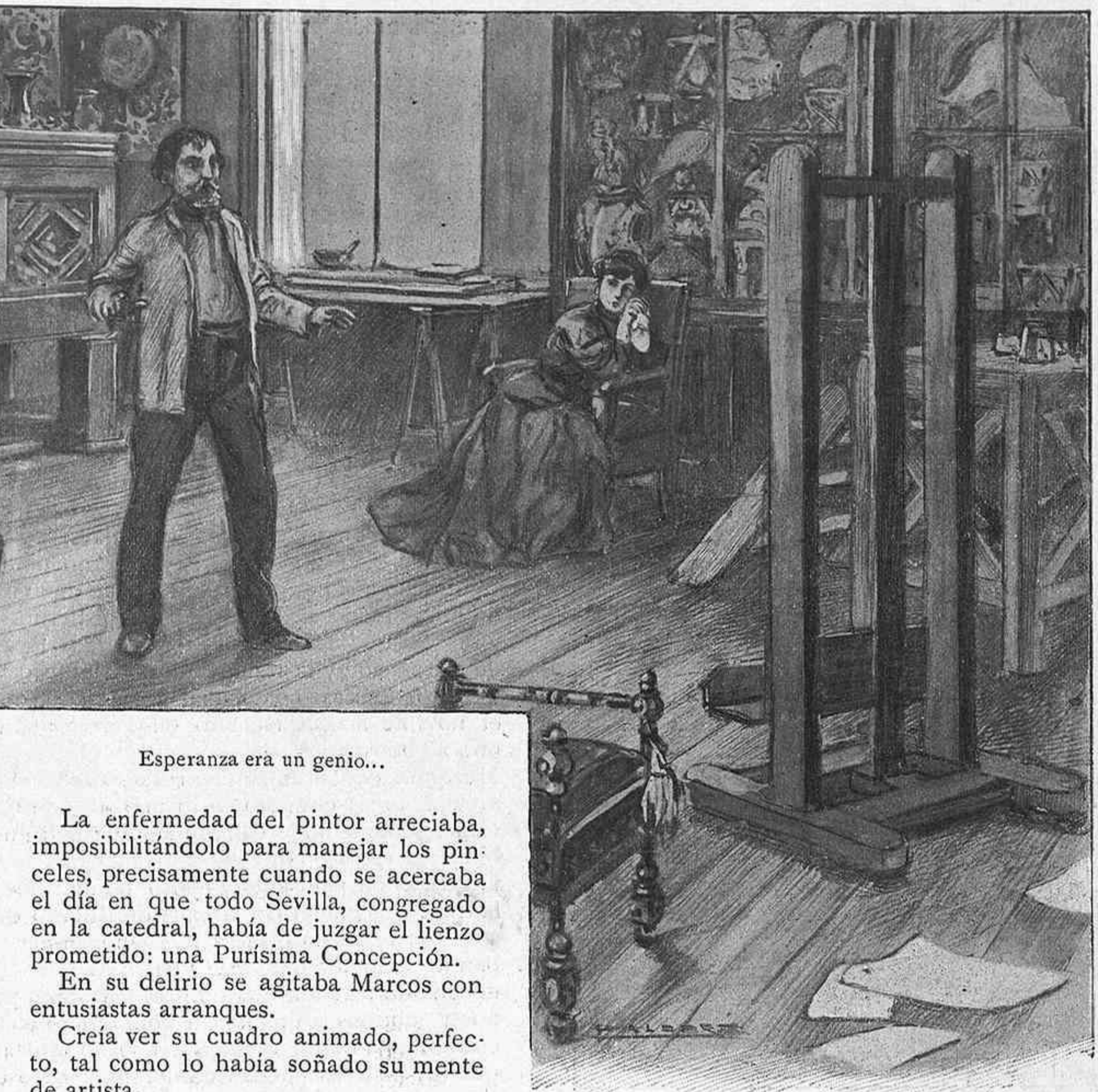
En pocos minutos, media hora á lo sumo, se traslada el viajero desde la puerta del Sol hasta el centro de la nueva ciudad, en donde está construído el susodicho edificio. El teatro es amplio y elegante y en él funciona ahora una compañía de zarzuela grande á cuyo frente figura el veterano tenor Bergés. Una concurrencia bastante numerosa se recrea oyendo la música de Barbieri, Arrieta, Oudrid y contemplando aquellas obras que fueron el encanto de nuestros padres.

Terminada la función, el público asalta los vagones del tranvía de vapor; se pone en marcha el convoy, los hoteles, chalets, huertos y jardines de la ciudad lineal desaparecen, y el viajero entra en Madrid muy satisfecho de haber realizado por poco dinero una excursión *veraniega*, más corta, es verdad, pero incomparablemente más cómoda que las que se realizan á costa de penosos sacrificios por las playas del Norte de España.

Véase, pues, cómo no carece de cierto fundamento la opinión expuesta á favor del verano en Madrid por la señora cuya conversación oí noches pasadas en el Retiro...

De todos modos, siempre es bueno contentarse cada cual con lo que tiene, sin aspirar á más. Quizás sea esta la fórmula suprema de la felicidad.

ZEDA



Esperanza era un genio...

LO IMPREVISTO

Era cerca de la calle del Candilejo, en Sevilla, donde Marcos tenía establecido su taller, frente por frente de la iglesia de San Isidro, en modesta vivienda que traslucía lo precario de la situación, creada por las amarguras, por las decepciones y por la penosa y larga enfermedad.

Hombre de enérgicas aspiraciones y artista entusiasta, no había descendido del pedestal donde sus méritos lo colocaran sin vigorosa lucha; pero rendido por la adversidad, vió poco á poco decaer su espíritu y hasta dudó de aquella inspiración que sobresalía en los hermosos lienzos, ornato y orgullo de templos y palacios.

Desheredado de afectos íntimos, por la muerte de la mujer amada y del padre que había logrado menear aquel acerbo dolor, se encontró el artista solo en el mundo con sus desventuras y con su pobreza.

Sin embargo, en el solitario y triste hogar había dos seres que constantemente le rodeaban con su cariño é inagotable ternura.

Un niño y una mujer. El hijo de su amor, de la compañera jamás olvidada, y la huérfana ahijada suya que un pariente muerto en América había confiado á su leal protección.

Hermosa como la esperanza que le daba su nombre, dulce como el ensueño de un poeta, semejaba una de esas huries prometidas á los árabes, ó más bien cautivadora madona italiana que diera inspiración á Miguel Angel y á Rafael.

Sus correctas facciones tenían la pureza del tipo griego, y á sus grandes ojos negros, velados por larguísimas pestañas, asomaba el alma grande y generosa.

Cabellera como terciopelo, pie menudo, busto mórbido, encanto misterioso, gracia que no admite descripción, formaban un conjunto arrebatador y que á la vez rechazaba todo sentimiento ajeno á la castidad y á la pureza.

Con una palabra, con una mirada, hacía desaparecer las mortales amarguras del pintor, y devota admiradora de su talento, le amaba con su corazón de ángel, con su alma de mujer, con la delicadeza y la ternura de un ser por entero consagrado á otro ser.

Era difícil analizar cómo había brotado aquel amor que iluminaba la vida de Esperanza; pero se desarrolló á favor de la abnegación y de la piedad.

A solas consigo misma se creó una religión de su cariño, y la sublimidad del deber y de la gratitud la hicieron artista gloriosa.

Marcos había sido el único protector de su infancia: era justo, justísimo, que á su vez se sacrificase por él.

La enfermedad del pintor arreciaba, imposibilitándolo para manejar los pinceles, precisamente cuando se acercaba el día en que todo Sevilla, congregado en la catedral, había de juzgar el lienzo prometido: una Purísima Concepción.

En su delirio se agitaba Marcos con entusiastas arranques.

Creía ver su cuadro animado, perfecto, tal como lo había soñado su mente de artista.

Pero en los instantes lúcidos dábase cuenta de lo irrealizable que era su hermosa aspiración, viéndose en la miseria, en la desnudez y prostrado en pobre lecho; sólo un milagro podría devolverle fortuna y prestigio.

Rayos de sol que iluminaban la lobreguez de sus pensamientos eran las sonrisas de su hijo y de Esperanza.

Por otra parte, la voluntad se imponía, y á todo trance pensó en concluir aquel lienzo que con tanto amor había comenzado.

—Yo podré ayudar á usted, murmuró Esperanza en uno de esos momentos en que Marcos, nervioso y alentado por restos de energía, intentaba levantarse.

—¿Tú? Imposible. ¿Qué duda cabe? Tienes mano fácil, tal vez inspiración; pero ¿caso podrías imitarme en detalles y colorido?

A poco Esperanza le mostró un cuadrado galano, risueño, rico en luz y en realidad.

—Por él me ofrecen sesenta duros, balbuceó.

—Con mi firma darían tres mil; pero aún le falta algo..., *ese no sé qué* del verdadero genio.

—Usted no puede trabajar; con algunas lecciones le prestaría á mis cuadros el sello de su talento.

—No, no; nadie sino yo puede concluir mi Concepción.

Y se encerró de nuevo en sus amarguras.

Ya comprendía que Esperanza era artista y le halagaban sus rápidos progresos; pero aún le negaba el impulso creador que invade lo desconocido, que desdén la imitación y que revela el superior ingenio.

En las figuras de Marcos resplandecían la verdad, la belleza, la especialísima expresión.

Acusaban ese estilo privilegiado que inmortalizará á Murillo, á Rubens y á Velázquez.

Mas la tisis que le consumía le clavó tenazmente en la cama y hubo menester que Esperanza trabajara sin tregua para atender á las precisas necesidades de la casa.

La joven hizo prodigios para no descuidar al niño ni que el enfermo careciese de nada.

El amor la fortalecía y su inspiración se agrandaba con el infortunio.

Ya Marcos, cuando la calentura le permitía algunas horas de reposo, reflexionaba preguntándose cómo aquella criatura sola y sin apoyo salvaba la situación angustiosa, y un terrible pensamiento surgió en su cerebro débil y atormentado.

¿Sus cuadros, sus bocetos, habrían sido malvendidos para atender á las perentorias necesidades?

Ya creía recordar haber escuchado palabras vagas cuando la fiebre con tenazas de hierro le sujetaba inerte y sin conciencia de sí mismo, y como la incertidumbre era peor que la realidad, interrogó á Esperanza.

—Maestro, ni uno solo de sus cuadros ha salido de esta casa.

—Mis bocetos...

—Tampoco.

—Pues entonces, no comprendo...

Y un mar de dudas y confusiones poblaron su imaginación.

Suspense estaba sin darse cuenta exacta de lo que sucedía, cuando una voz muy conocida resonó en la pieza inmediata á su dormitorio.

Se levantó tambaleándose; abrió la puerta, encontrándose frente á frente con uno de los que antes compraban en alto precio sus cuadros.

—Por éste no puedo dar sino cien duros, decía.

—Yo no tengo lienzos de ese precio, exclamó Marcos.

El comprador, sorprendido, balbuceó:

—Comprendo, maestro; las circunstancias son apremiantes, y por eso..., pero aquí está el dinero de los que me llevé hace unos días.

—¿Qué dice usted?

—La verdad, y éste que su ahijada me vendía ahora vale mucho más. ¡Qué hermosa escena de familia! No puede existir mayor naturalidad.

Marcos se fijó en un lienzo, lanzando una exclamación de sorpresa.

Lo comprendió todo: Esperanza era un genio y sus cuadros tenían el sello de mano maestra; se identificaba con el pintor y traducía su propia inspiración.

A esta sorpresa siguió otra mayor.

Aquel hombre iba encargado por la junta de las cofradías para suplicar á Marcos asistiera á la gran fiesta, al triunfo que su maravillosa Concepción le reservaba.

Pensó estar soñando.

Sostenido por la emoción fué hasta su taller. Allí vió el caballete, pero el lienzo había desaparecido.

Esperanza sollozaba, implorando perdón.

—¿Concluída por tí?

Y efusivamente la abrazó.

En la catedral no cabía el gentío el día de la Purísima. Los minutos parecían horas para los que aguardaban se descorriese el velo que cubría la deseada imagen. El asombro fué inmenso.

La obra era una maravilla del arte. La expresión celestial indescribible. Las ondulaciones del ropaje y el manto un prodigio. Era imposible pedir mayor perfección ni más gráfica exactitud. El cuadro resultaba una verdadera joya artística.

Esperanza y Marcos se confundían en uno solo: el lazo del amor purísimo unió sus almas gemelas.

(Dibujo de Calderé.)

BARONESA DE WILSON.

JULIO ROMERO DE TORRES

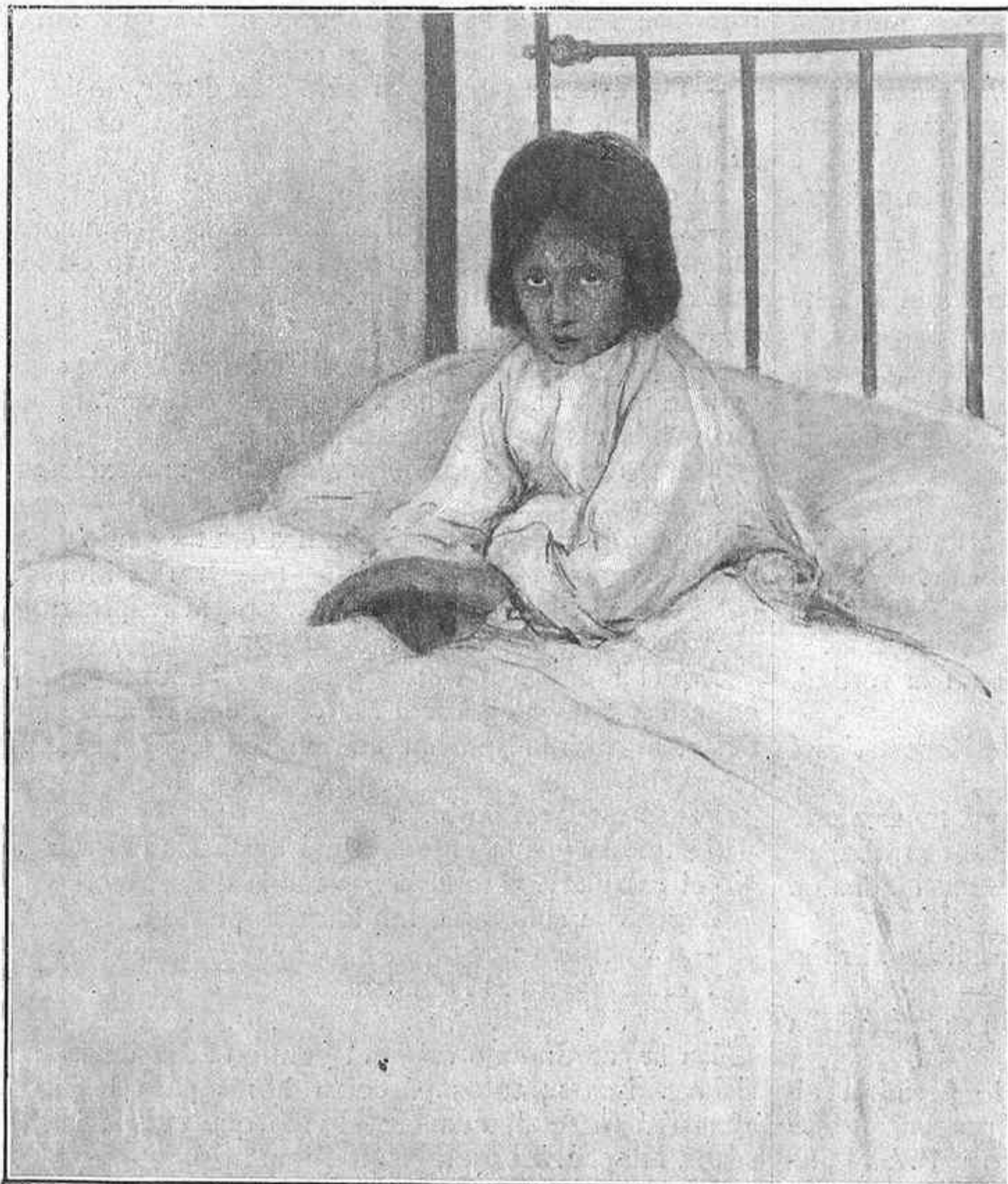
Veis aquí, en estas amplias páginas, media docena de fotografías malas, tan deficientes como fueron las de ayer, en España y fuera de España. Dispensad, sin embargo, al artista anónimo, ya que vuestros ojos y los míos están acostumbrados a ver, sin gran asombro, reproducir escenas de la vida y sus bellas interpretaciones en pintura y en escultura en copias foto-



Julio Romero de Torres

gráficas siempre frías, sin adelanto y sin color; perdonadle y creed conmigo: que hoy también profanó, ¡oh desdicha grande!, el divino arte y lo trituró...

Pero, lectores, ¿de qué medio valernos, en este siglo de las luces—las que yo no veo por ninguna parte,—para que ustedes al leer esta crónica, que será de franco homenaje á un pintor joven de gran talento, atisben algo de lo mucho que ya en sus obras ha rea-



Flor de estufa, cuadro de Julio Romero de Torres

lizado el artista nuevo, y puedan apreciar también su educación sólida, su gusto exquisito, y en fin, los rasgos delicadísimos de su bella pintura fuerte y duradera?..

Sólo ante sus lienzos, donde la originalidad del color tiene en las pinturas de Romero de Torres tan-

ta fuerza como la espiritualidad hondísima de la figura, y casi tanta también en el paisaje, armónico siempre con la idea del poeta pintor; sólo allí, repito, ante el cuadro, maravilla de forma y de expresión, podemos conocer bien al notable artista y admirarle á nuestro sabor. Entonces le profetizamos sin reparo alguno su aledaño reinado por un camino de flores...

¿Y si yo os dijera que muy pocos españoles han podido contemplar de esta forma, bien cerca y á sus anchas, los cuadros que el artista cordobés ideó? Unas veces culpa fué de la altura en que se colocaron—en esos salones madrileños de la Exposición del Estado, dispuestos sin orden ni concierto ni gusto—las obras del joven artista; otros años, los más, hay que decir que Julio Romero de Torres no concurrió á ningún concurso oficial de pintura. Aachamos entonces su ausencia sus admiradores á un desaliento grande, que si en Anglada, Zuloaga y Llimona, entre otros infinitos artistas descontentos, se concibe perfectamente y y les está bien el gallardo gesto, en un pintor de veintiocho años que por fuerza tiene que vivir en un hogar modesto de Córdoba—por tiernos lazos y rasgos sublimes creado,—era aquella loca idea de un suicida y la renuncia á un triunfo cercano y cierto. Fué así como, mal aconsejado, decidió el notable artista Romero de Torres apartarse, por algunos años, del mundanal ruido, y en la Mezquita de Córdoba fué restaurador. Yo lo vi muchas veces enhiesto en lo más alto de un elevadísimo andamiaje componiendo, retocando hábilmente techos policromos y ventanales de encaje y vigas de palosanto y cedro. ¡Había que vivir la dura existencia! En la casa de Ramiro de Torres, por aquellos días ya huérfano, se acomodaban á yantar alrededor de una mesa más de una docena de personas entre hijos, hermanos pequeños y sobrinos sin padres. Y aquí quiero yo hacer constar este hermoso rasgo del joven artista para que los lectores puedan comprender todo el sublime esfuerzo del notable pintor que, haciéndose por aquella época, en los primeros años de lucha titánica y en los comienzos de su difícil y productiva carrera, tenía que ocupar su talento en obra enojosísima, pesada y sin encantos.

Era para muchos un secreto que Romero de Torres dedicase algunas horas diariamente á su arte, á su gusto entero, á progresar con anhelos incansables de elegido en una pintura moderna, cimentada en la adoración de los grandes maestros que murieron y vivirán siempre en sus obras. Allí en Córdoba, suelo de los artistas completos, no existirían Grecos ni Velázquez admirables; pero quedaban aún ocultos en alguna lúgubre iglesia mora ciertos maravillosos lienzos que ni los dos grandes maestros del mundo que cito hubieran despreciado por anodinos y mediocres.

Os diré ahora que en este manantial purísimo bebió en sus enseñanzas, un día y otro, el artista que nos ocupa, descubriendo en aquellas bellas pinturas, como oro viejo que eran, los más recónditos y exquisitos detalles que le subyugaban. Y Valdés Leal, una gloria cierta de nuestra pintura, fué el único maestro de Romero de Torres. En comprenderle, hasta donde puede llegar la penetración de un espíritu de distinta época en otro, puso el pintor moderno toda su gran inteligencia, y lo consiguió al fin.

Siguió en esto el mismo maravilloso ejemplo que Zuloaga nos da en todas sus obras. Yo acabo de ver entusiasmado, como ante pocas creaciones lo estuve estos últimos años, en la importantísima Exposición de Barcelona: los *Hombres de pueblo*, *El mielero*, *Los bebedores*, *El segoviano*, etc., que el gran pintor vascongado nos presenta, y todos recuerdan los hombres de Velázquez como una sugestión.

De las mujeres, *Familia de gitanos*, *Las bailaoras*, y sobre todos, *La celestina* y *La gitana*, al temple, ¿quién por poco que conozca al divino Goya no verá en estos lienzos su influencia de genio? Y no es defecto este camino ni esta semejanza—quien lo su ponga ó recuerde los malos discípulos de los grandes

maestros es tonto—ni tampoco lo es que Zuloaga, de nuestro jardín, si lleno de gardenias y de rosas, no libre, por desgracia, de espinas y de humildes florecillas, haya escogido las mejores muestras, los más olorosos frutos como seguros guías, y con todo su gran ingenio, ya tan educado, llegue á este instante en el que en sus treinta y cuatro obras expuestas se vean, con la originalidad propia de un gran pintor de su talla, potentes reflejos de las pinturas de tres colorales maestros: de Velázquez, Greco y Goya.

Quedarán muchas de las obras de Zuloaga, y como las de este maestro, también las de unos jóvenes discípulos que, desengañados tal vez de que no pueda hacerse nada mejor dentro de toda la pintura que conocemos, han vuelto á nuestro viejo campo del Museo del Prado, y alrededor de él giran incansables, quizás tristes, quizás ensoñadores y llenos de esperanza...

* *

Hablemos en este punto, después del pequeño prólogo escrito ya que es la presentación, á la ligera, de un hombre bueno, trabajador, inteligente y colmado



Rosarillo, cuadro de Julio Romero de Torres

sin tasa de envidiables dotes de sociabilidad, que seguramente os cautivarían si amáis, como yo, las almas purísimas, sencillas, diáfanas, de algunos seres adorables, santos en este ajeteo diario de la vida, que ni se dan cuenta de su valer, ni lo aprecian en nada; hablemos ahora, digo, de las bellas pinturas de Julio Romero, nuevo y exquisito artista que siente predilección por una pintura sobria—como es toda la de los antiguos maestros del Museo—y en la que es su intento y su afán el transparentar el espíritu de la figura y de las cosas que integran un ambiente. ¿Lo consigue? Precisamente el gran triunfo de Romero y su fama ya entre los más notables pintores de la nueva generación, más modernísima que la de Mir, Casas, Bilbao, Feliu, Rusiñol y Chicharro, y entre los anteriores maestros que no viven, procede y es hija de la justa admiración con que se han contemplado las poéticas y profundas pinturas del joven artista, que nos muestra como maravilla en casi todos sus lienzos las mujeres cordobesas, tan interesantes, tristes y bellas como jamás se pintaran y debían serlo.

¡Da pena mirarlas!.. Dijérase, y á no ser por la vestimenta con que estas gloriosas femeninas cubren sus aterciopeladas carnes, que fueron vistas y presas estas idealidades en la retina del pintor en sitios lejanos, en los jardines y harenes de los sucesores de los Omeyas y Adbasias, señores del Africa. ¡Qué tristeza en sus negros ojos!.. ¡Qué languidez de muerte, de desfallecimiento, en todo su delicado cuerpo, cim-

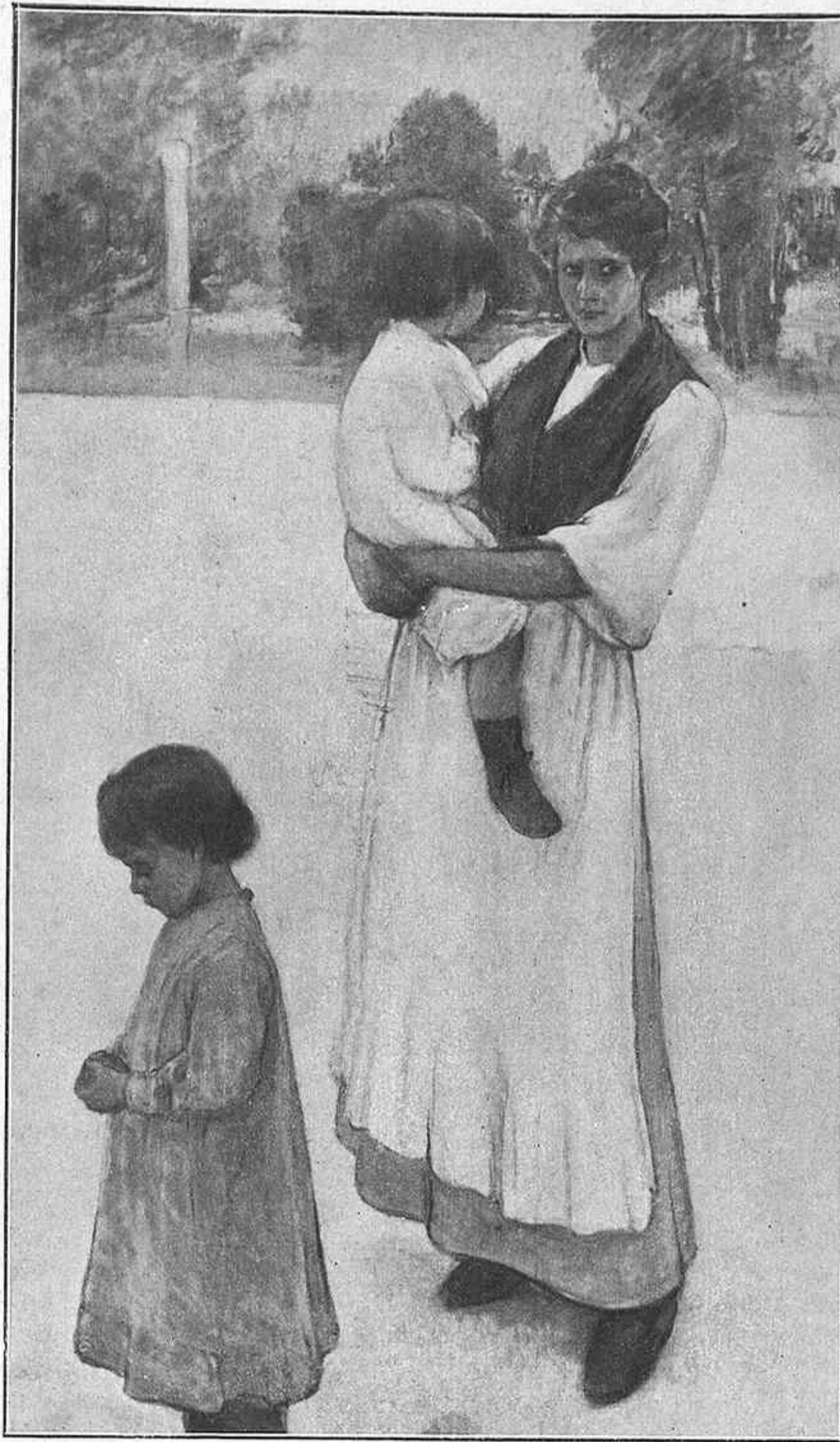
breante como la palmera y oloroso como la flor del jazmín! Parece que unas y otras, todas estas mujeres, tienen en sus casas un drama continuo, espantoso, que es dura la vida y que pesa sobre sus débiles cuerpecitos de sultanas moras como una maldición. ¿Acaso fué la madre de Boabdill ó todas las mujeres juntas de los cármenes de la Alhambra, que á su partida imploraran venganza á Alá, y las escuchó?..

Y todas estas creaciones femeninas del pintor son hermanas gemelas de su espíritu: exquisitamente melancólicas, y están llenas de un dolor tan intenso, inteligente y profundo, de los que tienen lágrimas, que su angustia nos atrae como un abismo... ¡Oh mujeres de otros tiempos que aún vivís en pueblos españoles y que en medio de vuestro desconsuelo, quizás de escépticas ó de apasionadas sinceras, dais á la vida todo el perfume de la verdadera poesía que vase perdiendo, yo os ensalzo y venero!.

* *

Lector, mira atento los cuadros mal reproducidos del artista. En ellos observarás que no se abusa de una composición detallista que estorbaría por falsa y vulgar. Sólo se ven en estos lienzos dos ó tres figuras de mujeres y niños—la ternura que deben cantar los poetas.

Aquí, una madre con su hijo, quizás enfermo del mismo mal incurable que ella; en otro lienzo, un infante acostado en una camita blanca y pobre; más allá, en otra pintura, un jardín de Córdoba, lleno de palmeras, de bojés, alhelfés, campanillas y albahaca; verde es el fondo, y en primer término se acercan al espectador las interesantes figuras de unos niños que conduce una criada, sencilla, bella y triste también; y por último, en otra exquisita obra, tenéis sentada en una silla, de las que en Córdoba llaman «de la cocina,» á Carmen, la mujer tipo, que el pintor supo descubrir en la vieja y tortuosa ciudad moruna, para mostrarla después en sus lienzos con sublimidades que marcan una época



A la amiga, cuadro de Julio Romero de Torres

y descubren un mundo de angustias heredadas, que se presentían, y flotan, sin otro remedio, en esas ciudades que parecen pertenecernos y no son nuestras, porque una dominación espiritual de artistas exóticos reina todavía.

No es rica la paleta de Romero de Torres, ni hace falta que lo sea. La tristeza es una enfermedad terrible en la que sobra toda mezcla de color que no sea extrahumano.

Dibuja sus figuras el artista como un profundo maestro que conoce al dedillo su arte y no titubea un instante, y lo sigue sin amaneramientos que serían en el nuevo pintor censurables.

Y así, por una senda donde la originalidad y la verdadera poesía van unidas como hermanas gemelas, contemplamos la marcha del notable pintor Romero de Torres, que avanza con paso largo, fuerte y seguro.

¿Llegará al límite de sus ilusiones? ¿Se mantendrán años y años sus hoy admirables lienzos, en los buenos Museos, para gloria de nuestro arte? Hoy sólo puede decirse que este depurado pintor, ya dueño de elevadas recompensas y medallas, merece las más altas.

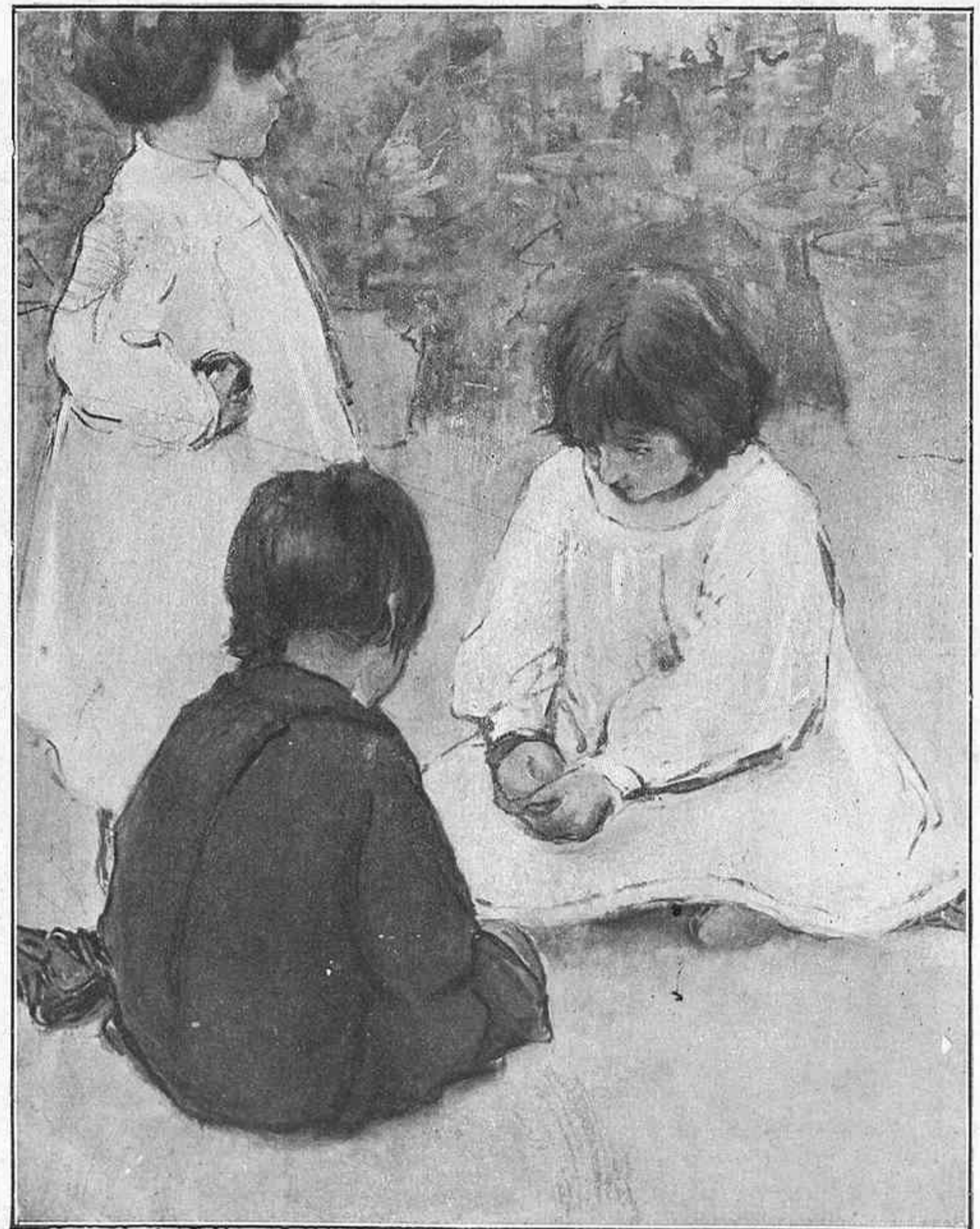
* *

Unas obras de pequeño tamaño presentadas en la última Exposición del Círculo de Bellas Artes de Madrid, unas cabezas de mujer, de Carmen y de Soledad, que fueron adquiridas inmediatamente por la marquesa de Esquilache, hicieron que muchos inteligentes y maestros fijaran su atención en la personalidad del pintor cordobés, que pocos conocían, que retirado, como un justo de los que viven en aquellas ermitas «blancas como palomas,» trabaja sin descanso, como un azacán de virtud sin mancha, por los niños huérfanos y por subir «consuelos no gastados»—como aconseja Nietzsche—y avance seguro á las más elevadas montañas.

MANUEL CARRETERO.



Aurora roja, cuadro de Julio Romero de Torres



La merendilla, cuadro de Julio Romero de Torres

CARRERA AUTOMOVILISTA PEKÍN-PARÍS

Después de sesenta días de viaje y de cuarenta de marcha efectiva, llegó el día 10 á París el príncipe Borghese, vencedor del *raid* Pekín-París, acompañado del periodista italiano Luis Barzini y del maquinista Ettore, que con él han compartido las penalidades de tan atrevido y accidentado viaje.

He aquí en resumen el itinerario de la excursión: salida de Pekín el 10 de junio; llegada á Kalgán el 15, á Klakta el 24, á Irkutsk el 1.º de julio, á Krasnoïark el 9, á Omsk el 16, á Iekaterienseburgo el 19, á Perm el 22, á Nijni Norgorod el 25, á Moscou el 27 (descansando allí tres días), á San Petersburgo el 3 del actual, á Berlín el 5, á Lieja el 8 y á París el 10.

Sus competidores hallanse aún á 4.000 kilómetros de distancia de París, adonde no llegarán hasta el 25.

La entrada del príncipe en la capital de Francia ha sido realmente triunfal. Desde Meaux, en donde habían pernoctado, hasta la redacción de *Le Matin*, periódico organizador de la carrera, un público numeroso aclamó incesantemente á los expedicionarios, á quienes daban escolta multitud de automóviles, bicicletas y coches que habían salido á su encuentro. Desde los balcones de *Le Matin*, el administrador del diario pronunció elocuentes frases encomiando el valor del príncipe Borghese, el cual contestó con sentidas palabras de agradecimiento.

Por la tarde, la redacción de *Le Matin* dió una gran fiesta que tuvo lugar en los Jardines de las Tullerías, y por la noche, el Automóvil Club Francés obsequió con un espléndido banquete al príncipe Borghese, en honor del cual se han celebrado varios otros festejos.

El día 15 salió de París para Roma, en donde sus compatriotas y en especial los automovilistas y la sociedad constructora *Itala* le preparan un entusiasta recibimiento.—S.

una misa y se cantó un *Tedéum*, terminado el cual el rey revistó las tropas.

Dirigiéronse luego SS. MM. á inaugurar el Asilo de Nuestra Señora de las Nieves y de allí al Ayuntamiento, en donde hubo recepción oficial, y á la Diputación, en donde se celebró un banquete.

Aquella misma tarde salieron de Vitoria las reales personas, que durante su breve estancia en aquella capital fueron aclamadas con entusiasmo.

Siete días han permanecido en San Sebastián los cruceros japoneses *Chitose* y *Tsukuba*, y durante ellos el almirante Ijuin y los oficiales á sus órdenes han sido obsequiados con multitud de fiestas, entre las cuales llamaron principalmente la atención por su magnificencia el banquete y el baile celebrados en el palacio real de Miramar, la velada del Club Cantábrico, los conciertos del Gran Casino, la *garden party*, organizada por el Ayuntamiento en la plaza de Guipúzcoa, la recepción efectuada en la Casa Consistorial y el banquete ofrecido por el ministro de Estado.

SS. MM. el rey D. Alfonso XIII y la reina doña Victoria visitaron los cruceros *Chitose* y *Tsukuba*, en donde fueron espléndidamente obsequiados. En su honor, celebróse un almuerzo en el segundo de esos buques, que se hallaba adornado con un gusto y una originalidad imponderables.

Los marinos japoneses fueron invitados á una corrida de toros y á una función de gala que se efectuó en el Teatro Circo y á la cual asistieron los reyes.

Los buques japoneses, que habían llegado á San Sebastián en la mañana del día 5, abandonaron aquellas aguas en las primeras horas del 12, llevándose, de fijo, un grato recuerdo de su estancia en la capital donostiarra.—S.



CARRERA AUTOMOVILISTA PEKÍN-PARÍS. — EL PRÍNCIPE BORGHESE (1), EL PERIODISTA ITALIANO BARZINI (2) Y EL MAQUINISTA ETTORE (3) QUE EN SU AUTOMÓVIL «ITALA» HAN SALIDO VENCEDORES EN LA CARRERA. (De fotografía de Branger.)

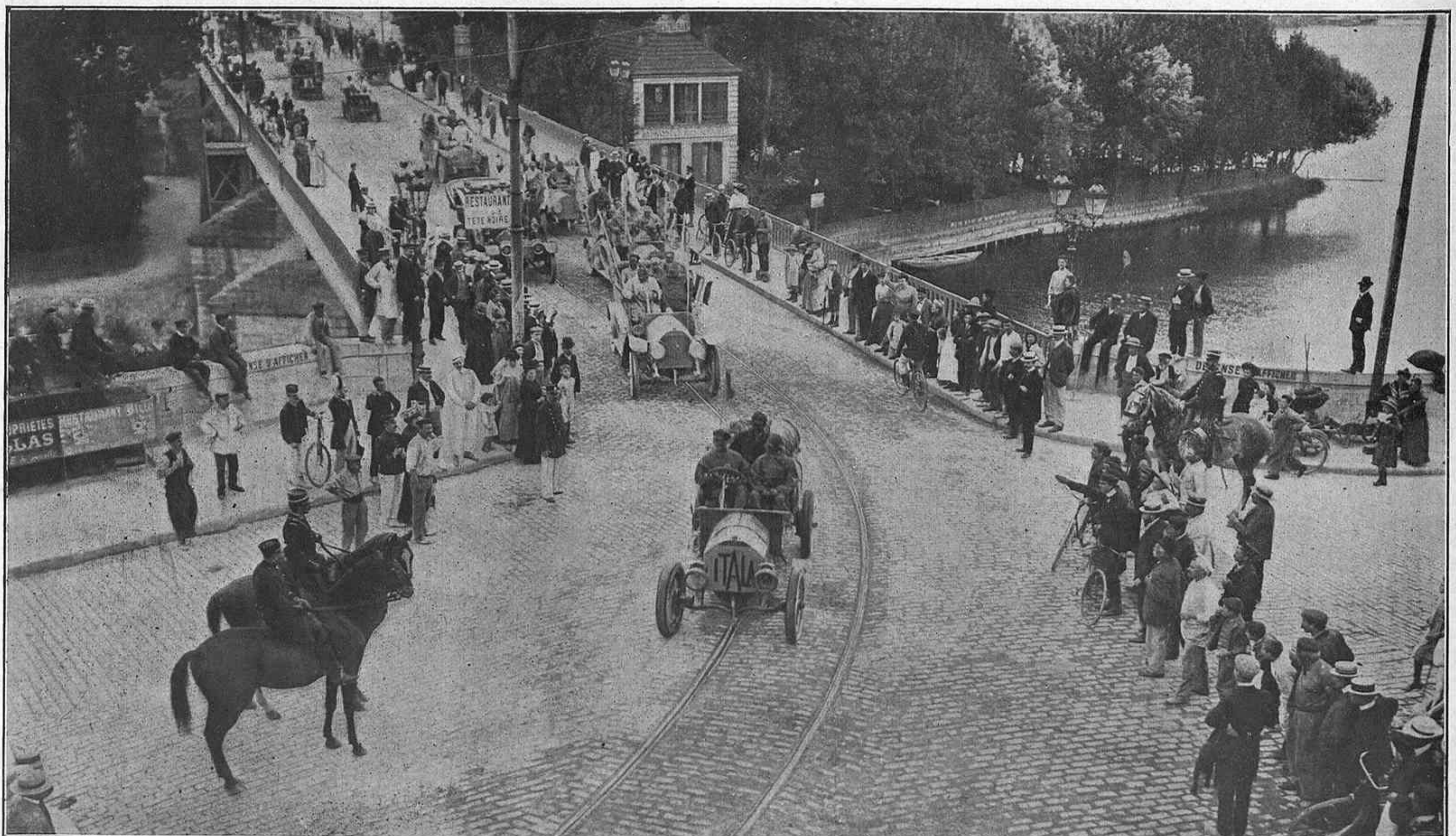
VITORIA

COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA DE LA CATEDRAL

SAN SEBASTIÁN

VISITA DE LOS MARINOS JAPONESES

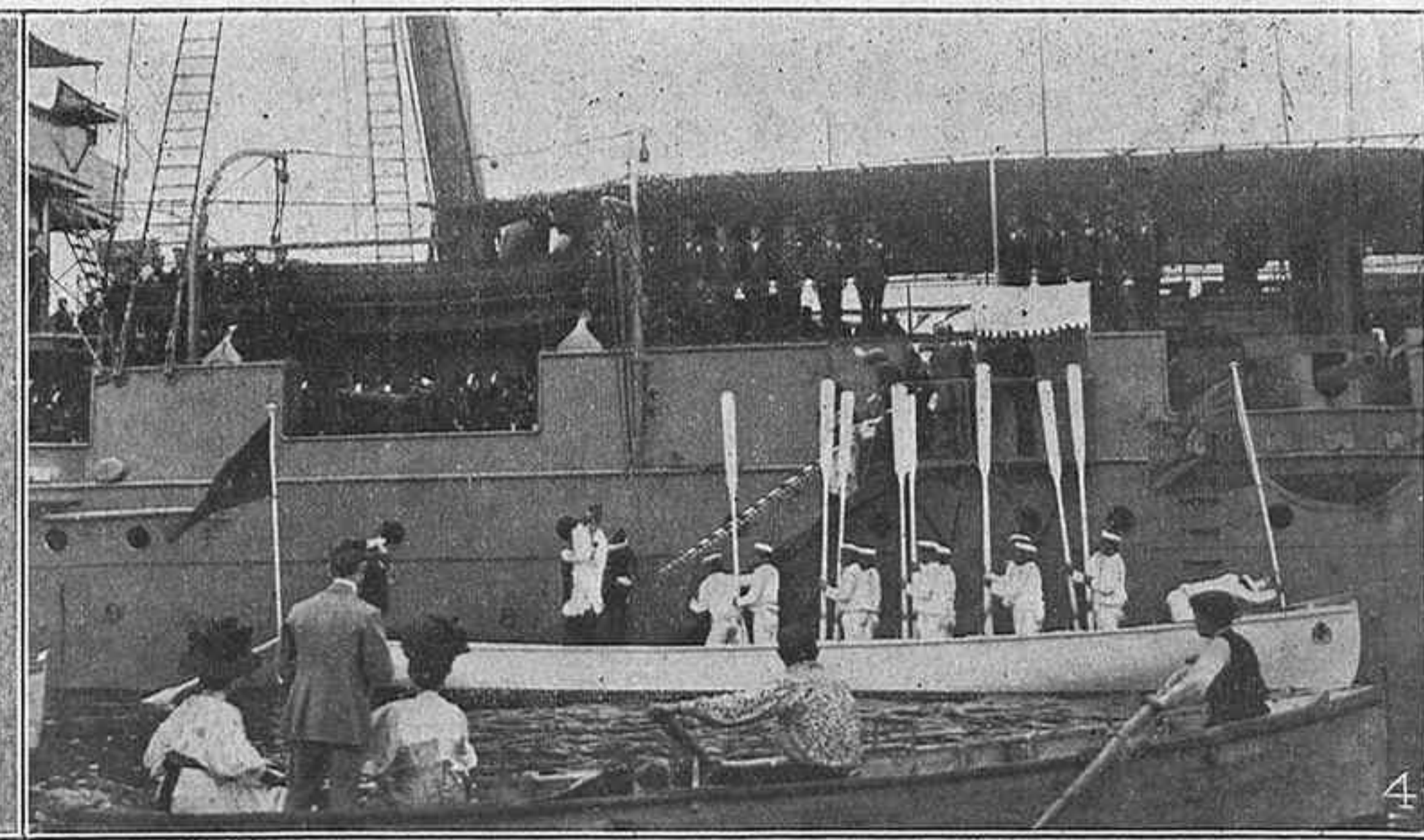
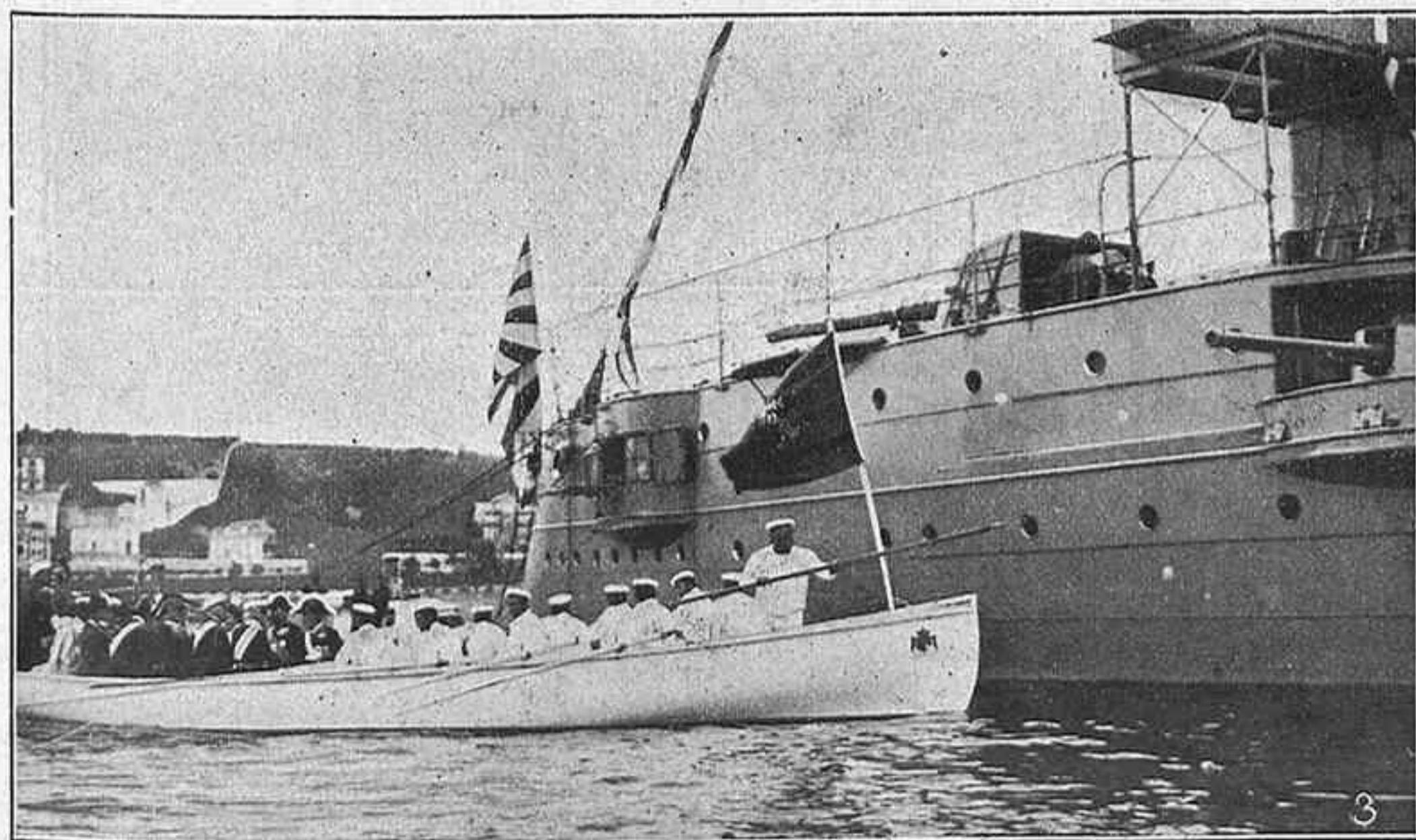
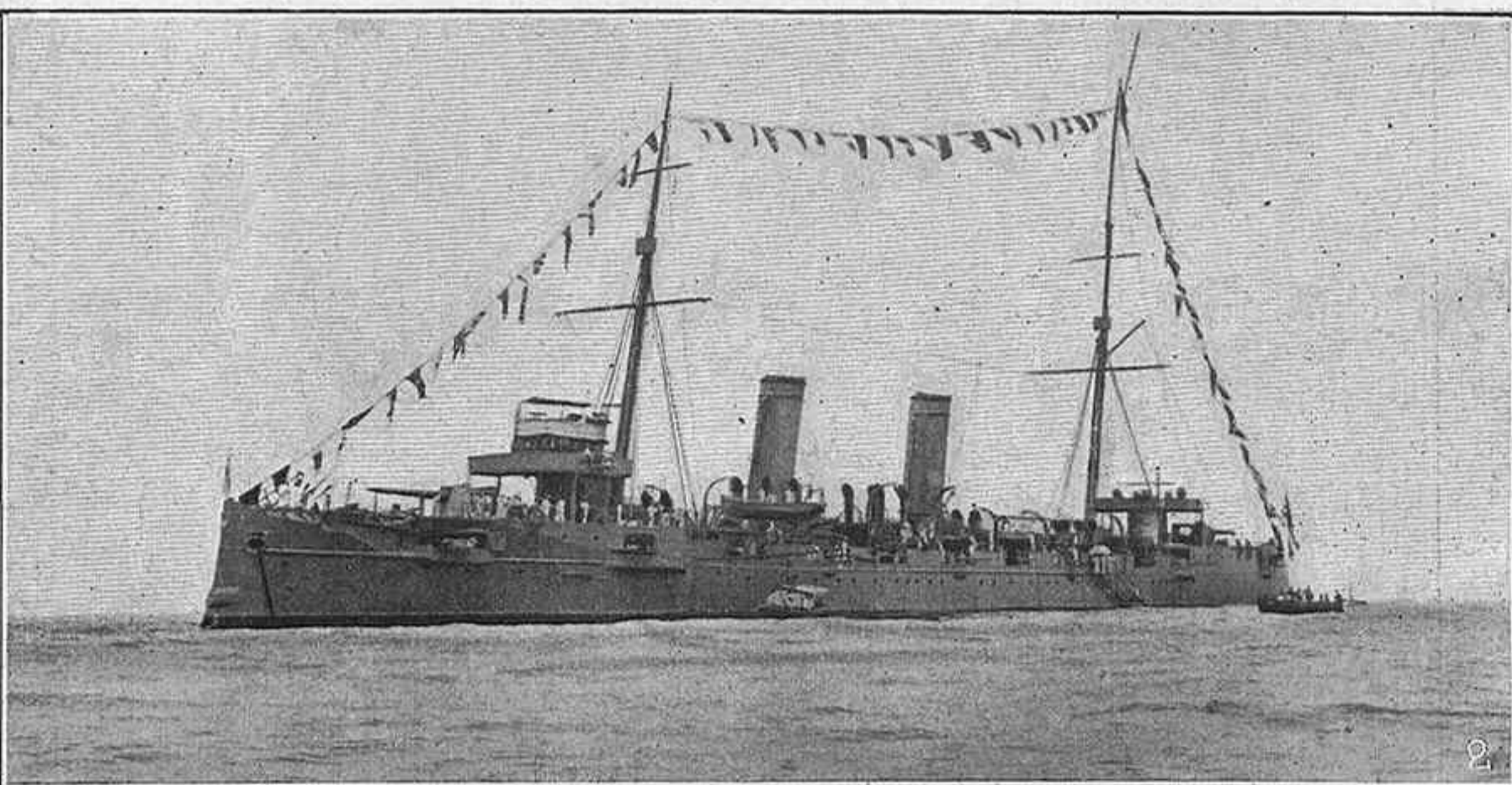
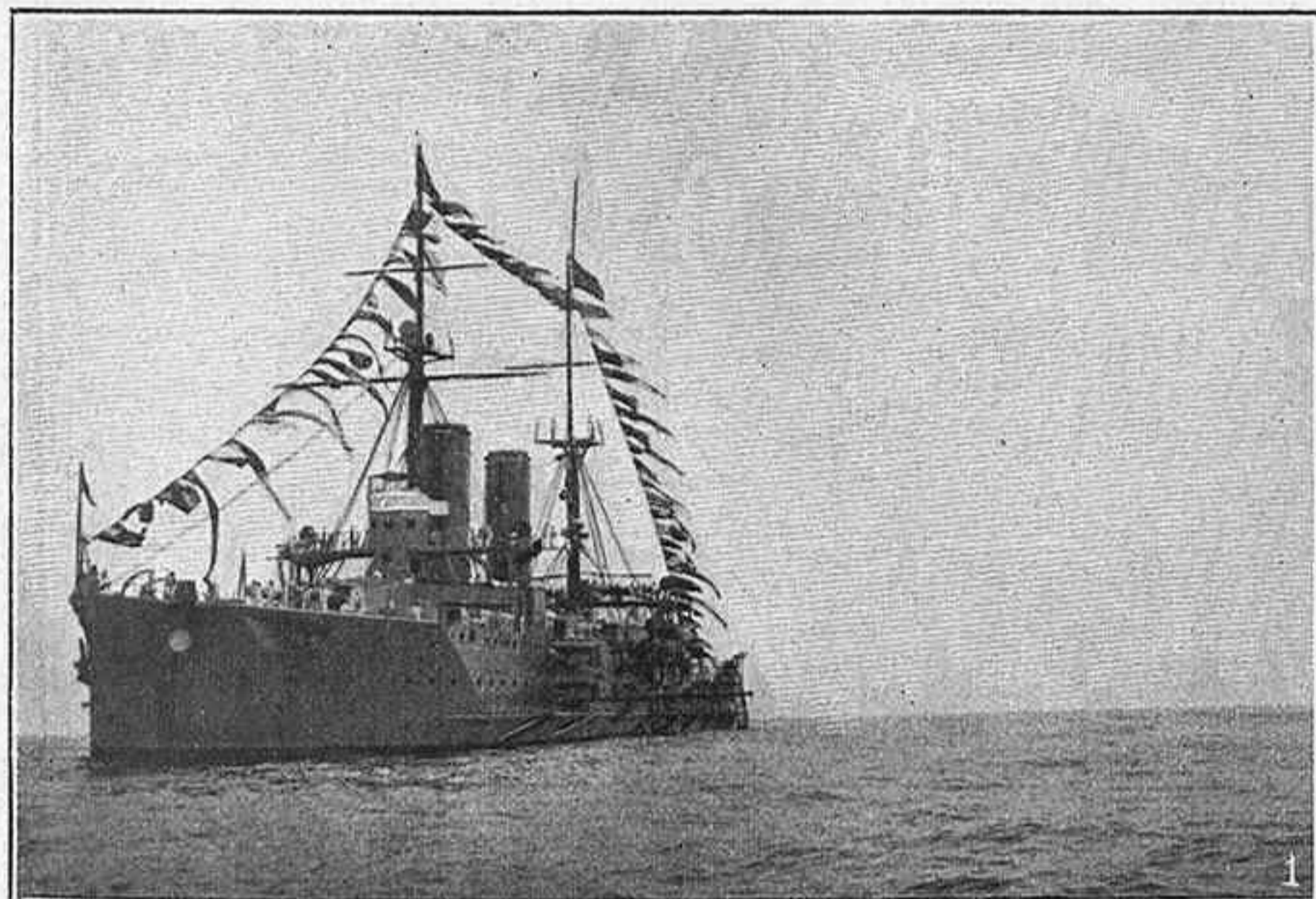
Con objeto de presenciar la ceremonia de la colocación de la primera piedra de la nueva catedral, llegaron en la mañana del día 4 á Vitoria SS. MM. el rey D. Alfonso XIII y las reinas D.^a Victoria y doña María Cristina, y desde la estación se dirigieron al lugar en donde aquélla ha de construirse. La ceremonia resultó solemne y después de ella celebróse



CARRERA AUTOMOVILISTA PEKÍN-PARÍS. — LLEGADA DEL VENCEDOR, PRÍNCIPE BORGHESE, Á PARÍS. (De fotografía de Branger.)



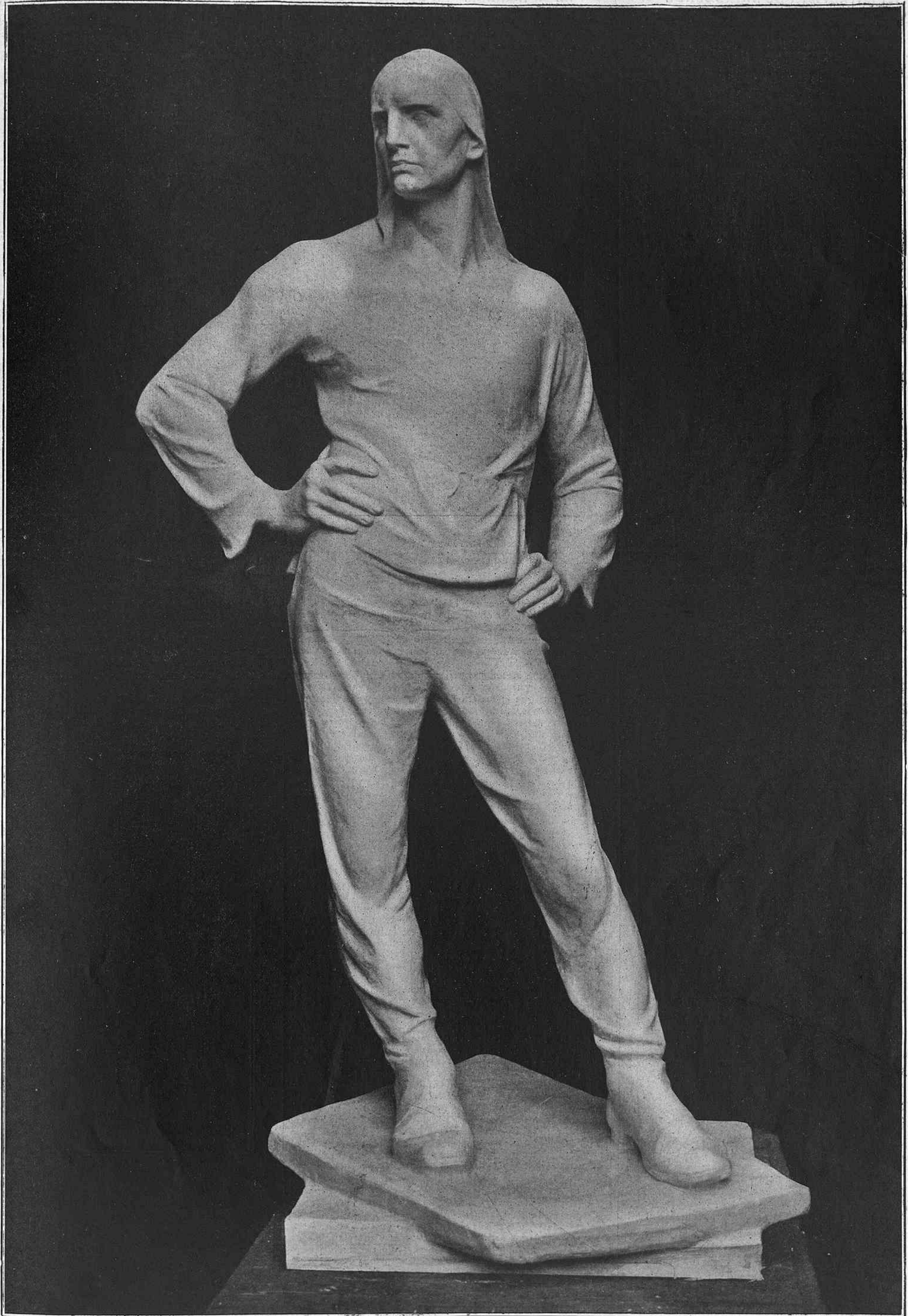
Vitoria.—Colocación de la primera piedra de la nueva catedral, ceremonia á la que asistieron SS. MM. el rey D. Alfonso XIII y la reina D.^a Victoria.—1. Llegada de los reyes á Vitoria.—2. Los reyes dirigiéndose al lugar de la ceremonia.—3. Acto de la colocación de la primera piedra.—4. Los reyes retirándose después de la ceremonia. (De fotografías de A. Vadillo.)



San Sebastián. Los buques de guerra japoneses.—1. El crucero acorazado «Chitose».—2. El crucero acorazado «Tsukuba».—3. Visita de SS. MM. al «Tsukuba».—4. SS. MM. embarcándose en la escampavía «Guipuzcoana» después de visitar el «Tsukuba» (De fotografías de Frederic.)



EL SEMBRADOR, obra del eminente escultor belga Constantino Meunier
(V Exposición Internacional de Arte. Barcelona, 1907.)



EL DESCARGADOR, obra del eminente escultor belga Constantino Meunier
(V Exposición Internacional de Arte. Barcelona, 1907.)

LA ENTREVISTA DE SWINEMUNDE

El tsar Nicolás II de Rusia y el emperador Guillermo II de Alemania se han avistado recientemente en aguas de Swinemünde, puerto alemán del Báltico, adonde llegó el primero el día 3 del corriente, á bordo de su yate *Standard*, siendo allí recibido por el segundo, que iba también en su yate *Hohenzollern*. Durante tres días, los soberanos se han hecho mutuamente varias visitas, han comido juntos varias veces, han revisado la escuadra alemana y la escuadrilla de torpederos rusos, han presenciado las regatas en que tomaron parte los tripulantes de aquella, han asistido al banquete que en honor del tsar dió á bordo del acorazado *Deutschland* el príncipe Enrique de Prusia, comandante de la flota, y sobre todo han celebrado frecuentes y largas conferencias, separándose por último el día 6, después de un almuerzo en que se cambiaron afectuosísimos brindis.

No hay que decir que la tal entrevista ha dado mucho que hablar, buscándole la diplomacia y la opinión pública de cada país la explicación más conforme con sus particulares conveniencias ó con sus especiales puntos de vista; y no hay que decir tampoco que donde más se ha comentado ha sido en Francia, la aliada de Rusia, que no puede ver con buenos ojos esas aproximaciones entre su amiga y su tradicional adversaria. Los franceses se tranquilizan, sin embargo, pensando que, hace dos años, los mismos soberanos se vistaron también en Bjoerko, dando su entrevista lugar á muchos comentarios, lo cual no ha sido óbice para que después Rusia haya prestado en todas ocasiones, y muy singularmente en la conferencia de Algeciras, su más firme y leal apoyo á Francia.

ANTÍCOLI-CORRADO,

CUADRO DE MARIANO BARBASÁN

Continúa este inteligente y laborioso artista en su plausible tarea de representar en el lienzo cuanto ofrece caracteres distintivos del país en donde hace años reside. Muestra de ello es el precioso cuadro que reproducimos, recuerdo de una excursión al pintoresco pueblecito de Antícoli-Corrado, que si bien ha servido de tema á otros pintores, justo es consignar que nuestro amigo ha logrado producir cuadros verdaderamente notables que, cual el á que nos referimos, adquiridos por aficionados, figuran en importantes galerías particulares y museos públicos.

La nueva obra de Barbasán ha de estimarse como un notable estudio digno de su buen nombre y testimonio de su habilidad y maestría.

IIUMANIDAD,

GRUPO ESCULTÓRICO DE R. JAKITSCH

Esta notable obra escultórica del joven artista austriaco hállase colocada en el vestíbulo del «Instituto para Ciegos»



Humanidad, grupo escultórico de Ricardo Jakitsch

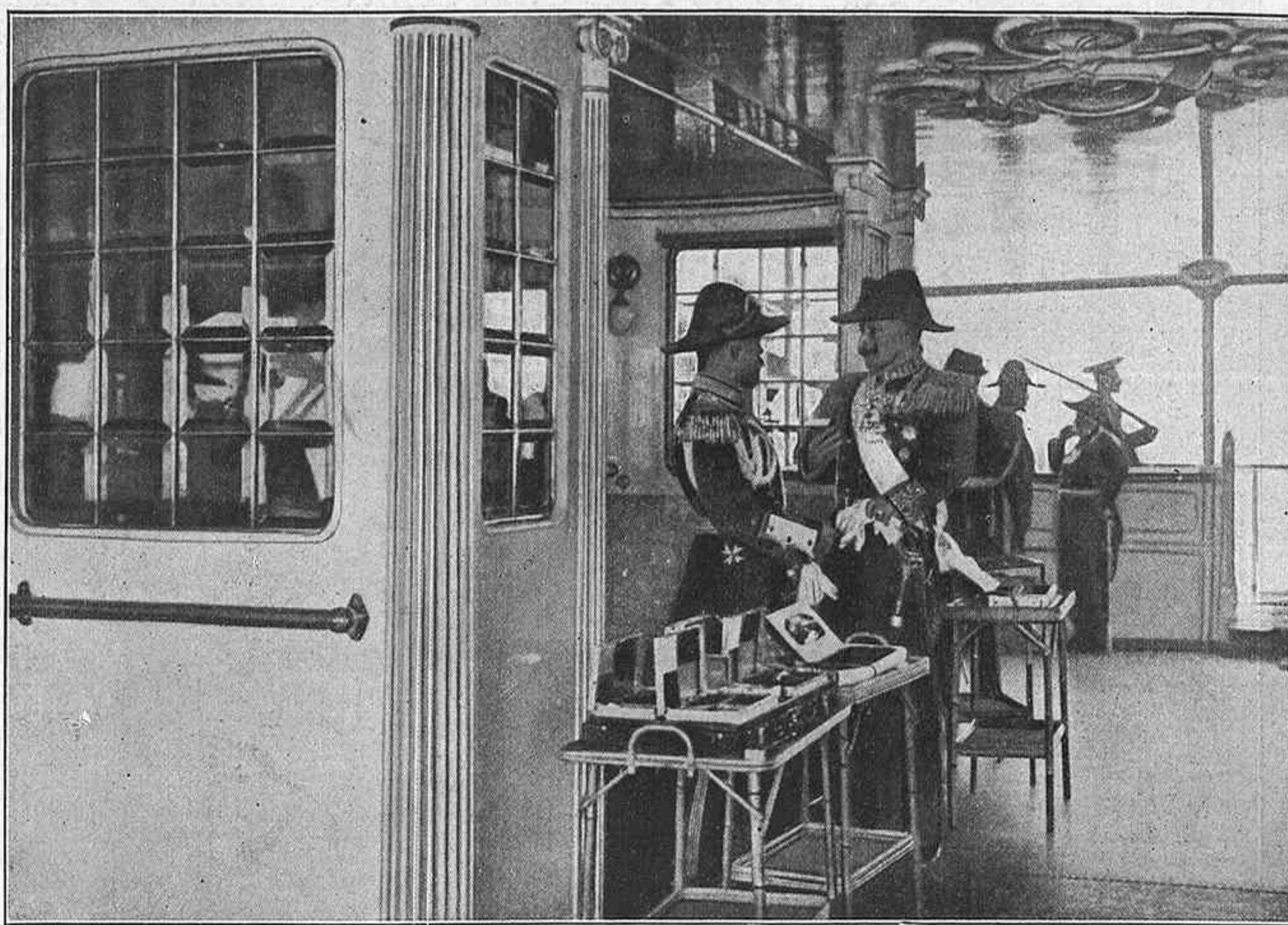
de Viena; conocido este dato, es decir, sabiendo el objeto á que aquella está destinada, se aprecia todo el mérito de *Humanidad*, cuyas tres figuras admirablemente modeladas expresan con una intensidad que emociona profundamente el sentimiento en que el escultor se ha inspirado.

Ricardo Jakitsch nació en Graz y estudió en la Academia Imperial de Viena, en la que ganó varios premios, entre ellos una pensión para proseguir sus estudios en Roma. En la Exposición Universal de París de 1900 obtuvo una mención honorífica. A pesar de su juventud, se ha conquistado envidiable renombre.

EL SEMBRADOR. - EL DESCARGADOR,

OBRAS DE CONSTANTINO MEUNIER

La circunstancia de haberse dedicado una sala de la V Exposición de Arte, celebrada en esta ciudad, para exhibir las



SWINEMUNDE. ENTREVISTA DEL TSAR NICOLÁS II DE RUSIA Y DEL EMPERADOR GUILLERMO II DE ALEMANIA. - Los dos emperadores conferenciando á bordo del yate imperial *Hohenzollern*. (De fotografía.)

obras del eminente escultor belga Constantino Meunier, demuestra el respetuoso concepto que en todas partes merece este escultor, gloria del arte flamenco contemporáneo. Basta examinar las producciones expuestas en el actual certamen artístico para comprender, en vista de su variedad y de su mérito, cuán justificada es la consideración de que es objeto. Vese, desde luego, que Meunier concibe y ejecuta inspirándose en el gran arte. Sus estatuas retratan momentos de la vida, actitudes y sentimientos que el artista ha sorprendido y ejecutado con amplitud y grandeza, imprimiendo la expresión que concibiera con la severa majestad que requiere la humana representación cuando ésta tiene por objeto dignificar ó enaltecer virtudes, sentimientos ó el trabajo. Ahí están las hermosas estatuas del sembrador y del descargador, que aparte de los pormenores simplísimos y poco definidos de la indumentaria, causan el efecto de dos obras producidas en otros tiempos y por aquellos anónimos escultores que han enaltecido el arte y á quienes se venera, aun desconociendo sus nombres.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. - BUENOS AIRES. - El Comité ejecutivo de la «Comisión Nacional del Centenario» ha abierto un importante concurso artístico para un monumento á la independencia argentina, conmemorativo de la revolución de mayo de 1810. He aquí las principales bases del concurso. Los bocetos habrán de ser presentados en el local de la Secretaría del Comité ejecutivo ó á las legaciones ó consulados argentinos en Europa antes de las dos de la tarde del día 31 de octubre de este año, debiendo ir cada uno rubricado con un lema y acompañado de un sobre lacrado y sellado que contenga el nombre y la dirección.

Los proyectos que se remitan de fuera de la capital de la República Argentina habrán de enviarse en yeso, coloreado según la materia en que se proyecte ejecutarlo, é ir acompañados de una reseña explicativa de la idea desarrollada, en la que se indiquen además los materiales que se hayan de emplear. Los que se envíen directamente por sus autores al domicilio del Comité podrán presentarse en yeso ó plastilina.

El concurso se hará en dos pruebas, exigiéndose para la primera que los bocetos estén hechos á la escala de 10 centímetros por metro. Para esta primera prueba se establecen cinco premios de 4.000 pesos oro cada uno, que serán adjudicados á los cinco mejores proyectos, y otros cinco de 1.000 pesos oro cada uno para los cinco que les sigan en mérito. Los autores de los proyectos á quienes se adjudiquen los premios de 4.000 pesos serán llamados á un concurso definitivo, con las modificaciones de carácter estético ó histórico que el jurado crea oportuno introducir; en este concurso se exigirá que los bocetos sean terminados y ejecutados en escala de 15 centímetros por metro de la dimensión definitiva. Para la presentación de esta segunda prueba se fija el 31 de mayo de 1908 en las legaciones y consulados argentinos en Europa ó directamente en la secretaria del Comité. Para este segundo concurso se establecen un primer premio de 10.000 pesos oro, y la ejecución del monumento, cuando se ordene; un segundo de 4.000, y tres accésit de 2.000 cada uno.

Los proyectos premiados en ambas pruebas quedarán de propiedad del gobierno argentino.

Los proyectos de cada prueba serán expuestos en el local que determine el Comité, y los remitidos del extranjero que no hayan sido premiados serán devueltos por cuenta del Comité á la legación ó consulado argentinos de donde procedan ó que se halle más próximo á la residencia de los autores.

El monumento, enteramente concluído, será entregado á la

comisión en 1.º de mayo de 1910 y deberá inaugurarse en Buenos Aires en 25 del mismo mes.

El costo del monumento será de 300.000 pesos oro argentino. Los bocetos serán sometidos á un jurado de quince miembros, cuyo dictamen será inapelable y se cumplirá dentro de los 30 días de cerrado el concurso.

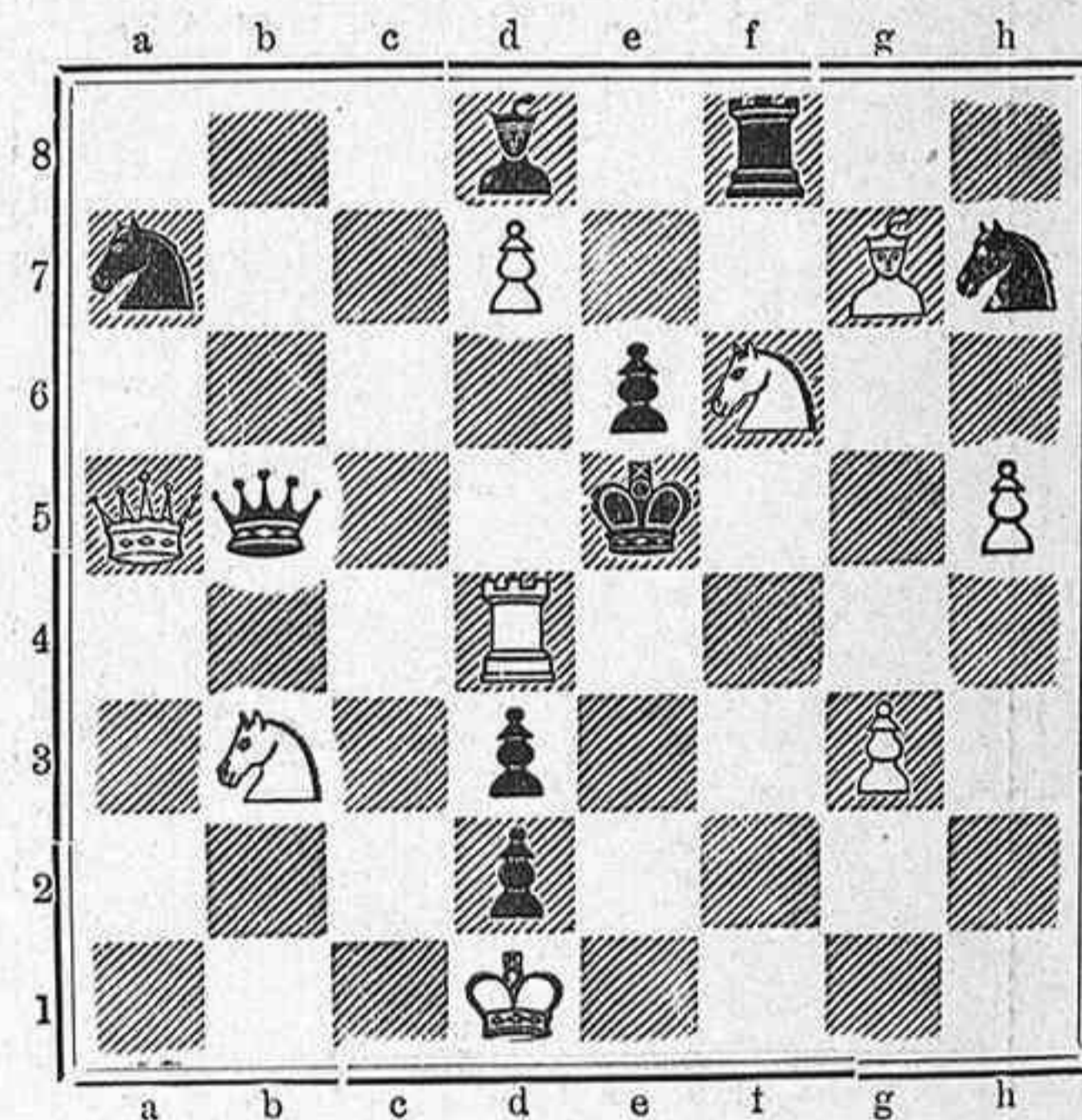
VILAFRANCA DEL PANADÉS. - La comisión organizadora de la fiesta mayor de esa importante ciudad catalana ha anunciado los festejos que con este motivo se celebrarán en ella durante los días 29, 30 y 31 del presente agosto y 1 y 2 de septiembre, por medio de un cartel, en el cual figuran el escudo de la población y grupos hábilmente combinados que representan varias de las diversiones y solemnidades que forman parte del programa.

El cartel, redactado en catalán, tiene un aspecto elegante y artístico y es al mismo tiempo una típica representación gráfica de los tan renombrados festejos. Ha sido muy bien tirado en la litografía barcelonesa de Madriguera.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 474, POR V. MARÍN.

NEGRAS (9 PIEZAS)



BLANCAS (9 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 473, POR V. MARÍN

Blancas.

Negras.

- 1. Te2-d2
- 2. D, T, C, A mate.

- 1. Cualquiera.

BOUQUET FARNESE VIOLET 29, 64 des / 12 / ens.



Aurette le tendió espontáneamente las dos manos

EL MARIDO DE AURETTE

SEGUNDA PARTE DE «AURETTE»

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE.—ILUSTRACIONES DE GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

—¿Cree usted que me oye todavía?, preguntó sin ocultar su emoción, con los ojos anegados en llanto y los labios temblorosos.

—Quizás sí, respondió Villandré sin atreverse a mirarla.

Aurette se inclinó hasta el suelo y besó cariñosamente en la frente a su viejo amigo como si fuera un niño; Bruno se estremeció, abrió los párpados que cubrían sus ojos vidriosos, agitó convulsivamente una pata delantera y murió.

—¿Ha acabado ya?, preguntó la señorita Leniel con aquella resignada dulzura que Villandré nunca había visto en ella y que le afligió hondamente, de tal modo revelaba un hábito doloroso.

El profesor colocó la mano delante del hocico del animal, cercioróse de que no respiraba é inclinó gravemente la cabeza. Aurette cogió las velludas orejas de Bruno, levantóle la frente y le besó por última vez; después apoyó los dedos sobre sus párpados, cerró los ojos, como se hace con las personas, y se levantó. Villandré se encontró de pie delante de ella.

—No ha sufrido, dijo la señorita Leniel queriendo afirmar su voz, aunque sin conseguirlo.

Natividad la miraba... ¡Si ella hubiese visto cómo la miraba en aquel momento! Pero tenía miedo de que el profesor la observara y bajaba instintivamente los ojos.

—Hay que llamar á Brochet, dijo; no quiero que Juan vea...

—¿Por qué llamar á Brochet? ¿No puedo yo reemplazarle?

—¡Oh, no! Es preciso cavar un hoyo.

—Lo cavaré. ¿Dónde?

—Aquí, debajo de ese gran plátano... Pero ¿va usted de veras á cavarlo?

—¿Dónde están los aperos del jardinero? ¿En el invernadero?

—Al lado, en una gran cuadra vacía..., además necesitaremos una caja... Voy con usted.

Y sencillamente se dirigieron juntos á una estancia en donde se guardaban varios trastos viejos y escogieron un cajón sólido que el profesor se cargó á la espalda. Aurette, detrás de él, llevaba clavos, un mar-

tillo y el azadón. Sin cruzar una palabra volvieron al sitio en donde estaba el perro; la señorita Leniel cogió brazadas de hojas, mientras Natividad comenzaba la fosa en un grupo de árboles en donde la tierra era más blanda.

El trabajo era cansado y hacía un gran calor; Villandré, que estaba dentro del hoyo, metido en él hasta la rodilla, se detuvo un instante para respirar.

—Sr. Villandré, díjole Aurette, yo no debiera haber permitido..., deje usted que llame...

—¡Por favor!, exclamó Natividad fijando en ella su mirada.

Aurette bajó los ojos y no contestó; aquella mirada tampoco había mentido. Las dolorosas quimeras volaban hacia el cielo azul, y era Bruno, el perro bondadoso y fiel, quien las había disipado con su último suspiro.

Practicado el hoyo, Villandré depositó en él la caja, que Aurette había llenado de hojas hasta la mitad, y con las mismas precauciones que si el perro estuviera dormido, lo dejó caer suavemente sobre aquel lecho de verdura. La señorita Leniel acabó de llenar el cajón con ramajes, y el profesor, después de haber clavado la tapa, echó sobre ella grandes paletadas de tierra. Cuando el hoyo estuvo lleno, quedó marcado el sitio por un pequeño montículo.

—Con el tiempo se aplanará, dijo Villandré secándose con el pañuelo el sudor que le corría por la cara.

Natividad y Aurette permanecieron inmóviles junto á aquella tumba que parecía la de un niño.

Al través del aire fluido oyéronse siete campanadas.

—¡Tan tarde!, exclamó Villandré. Me voy; hasta la vista, señorita.

—Caballero..., repuso Aurette.

Y se quedaron los dos contemplándose; ella con los ojos bañados en lágrimas, él poseído de viril emoción. ¡Cuán lejos estaban entonces las hablurías, las dudas, las mezquindades de la vida!

Aurette le tendió espontáneamente las dos manos; Villandré las tomó y depositó en la derecha un beso respetuoso, como si ella hubiese sido la reina y él su

vasallo. No era un beso de amante, bien lo comprendía Aurette, pero era sí un beso de homenaje al par que de consuelo.

—¿Mañana hablará usted con Juan, no es verdad?, dijo la señorita Leniel cuando sus manos se soltaron. El pobre necesitará que le diga usted algo... ¡Quería tanto á Bruno!

—Le hablaré. Adiós.

—Adiós.

Marchóse Villandré cubierto de polvo y con las manos llenas de vejigas, pero erguida la cabeza, con una serenidad singular en los ojos y en el alma. Aurette regresó al Nido silenciosa, mas no abatida. La pérdida de Bruno era para ella algo más que la muerte de un perro ordinario; entre las hojas de aquella tumba acababa de enterrar todo un jión de su vida; además, lo había amado como amaba cuanto la tocaba de cerca, con un ardor, con una vehemencia capaces de transformar en grandes las cosas más humildes.

—Tía Aurette, dijo Juan con acento grave y los ojos hundidos, pero sin lágrimas. ¿Ha muerto Bruno?

—Sí, hijo mío.

—Hubiera querido besarle...

—No, hijo mío; el Sr. Villandré ha dicho que más valía que no le vieras y tenía razón.

—¿Lo habéis enterrado? Desde la ventana lo he visto todo. ¿Por qué no me habéis llamado?

—Porque era inútil.

—¿Ha cavado el hoyo él solo? Es muy fuerte el Sr. Villandré... Lástima que se haya marchado; hubiera querido darle las gracias.

—Se las darás mañana en el liceo.

A la hora de acostarse, Juan se acercó á su tía y cogiéndole la mano, como le gustaba hacerlo, le dijo:

—¿Estás apesadumbrada por la muerte de Bruno?

—Sí, hijo mío; sin embargo, prefiero que haya muerto así que después de una larga enfermedad.

—Y sin embargo, tu aspecto no es triste, repuso el niño mirándola atentamente; pero á veces se está triste por dentro, ¿no es verdad?

Aurette se ruborizó, porque sentía su alma más sosegada que desde hacía muchos días.

—Y además, añadió el niño, que da gusto ver lo bueno que es el Sr. Villandrú. ¡Es un corazón de oro! Diciendo esto, Juan besó a su tía y se fue a acostar; pero no se durmió sin antes haber llorado a solas por su compañero de juego.

Algunos días después, el doctor Rozel fué a ver a Aurette y supo con pesar la muerte del perro que él le había dado para que la acompañara en otro tiempo, en una época en que la joven estaba muy necesitada de distracciones.

—Debe hacerte mucha falta, le dijo.

—Sí que me hace; pero se iba haciendo viejo y ya no salía.

—Voy a regalarte otro, ¿de qué casta lo quieres?

—No, mi querido doctor, respondió la señorita Leniel apoyando la mano en el brazo de su viejo amigo con un gesto familiar y encantador que era muy frecuente en ella. No quiero más perros; he amado demasiado a Bruno para darle un sucesor.

—Como quieras. Sin embargo, te convendría un perro guardián.

—¡Oh, eso sí! Sea cual fuere, no me importa, porque ese no será mi amigo, sino mi servidor.

El doctor Rozel, después de haber meditado un instante sobre la duración de los afectos humanos y caninos, dijo de pronto:

—¿Ha venido a verte esta semana mi amigo el señor Villandrú? ¿Qué te ha dicho?

—No me ha dicho nada, respondió Aurette con una sonrisa que animó su semblante.

—¿Y, pues, qué ha hecho?

—Hemos enterrado a Bruno juntos.

El doctor la miraba un tanto sorprendido.

—Estaba aquí cuando murió el pobre perro; quise llamar a Brochet, pero él no lo consintió.

Aurette, al decir esto, se turbó y ruborizóse un poco.

—Paréceme, dijo el doctor, que Villandrú viene aquí principalmente para realizar trabajos pesados..., unas veces por Juan, otras por un perro... Lo que es ese, no creo que sea de los que detesten...

—Ya lo ha dicho Juan, repuso Aurette levantando la cabeza; es un corazón de oro.

El doctor se quedó silencioso durante un momento; Aurette, un tanto confusa, arreglaba los ramos que no necesitaban arreglo.

—Aurette, dijo de pronto el doctor, ¿sabes lo que se me ocurre? Que debieras casarte con el Sr. Villandrú.

La señorita Leniel había palidecido y se había echado atrás involuntariamente; toda su altivez afluyó con violencia a su corazón.

—¿Yo?, exclamó. ¡Qué ocurrencia! ¡Eso nunca!

—Tanto peor, porque ni tú ni él encontraréis mejores partidos.

Aurette permanecía callada.

—¡Ea, no te enfades!, añadió el doctor Rozel. No me pongas mala cara... Mírame..., anda, mírame de una vez...

Y cogiéndola por el brazo la obligó a enseñarle la cara.

—¡Doctor, por Dios!. Es absurdo. ¿Por qué quiere usted?.. En fin, exclamó impetuosamente, ¿no es vergonzoso quererme casar con un hombre que no me ama?

«¡Magnífico!, pensó el doctor. No ha dicho que ella no le ame. Mucho será que no hagamos entrar en razón a esos dos testarudos orgullosos.»

Y añadió en alta voz:

—¡Bueno, no te incomodes! Hazte cuenta de que nada te he dicho y vamos a ver tu jardín.

Villandrú había regresado a su hogar solitario dando tan gran rodeo, que cuando llegó a él, a la caída de la noche, se percató de que se había olvidado de comer. Y como su vieja criada, cansada de esperarle, se había acostado, sacó de la alacena un pedazo de pan y una fruta y cenó frugal y melancólicamente. Después fuése a su despacho y quiso trabajar.

¡Imposible! Entre las cifras y las fórmulas deslizábase Bruno, tendido sobre el techo de hojas e inclinado sobre él el dulce semblante de la señorita

Leniel. ¡Qué maravillosos ojos los de aquella exquisita Aurette! Ojos hermosos humedecidos por las lágrimas. Y su boca toda gracia y bondad, no perdía su seductor encanto a pesar del temblor de los sollozos contenidos. Ciertamente que siempre era bella; pero su belleza, al revés de las bellezas frías, impresionaba menos en el reposo que en la emoción; todo lo que agitaba su alma comunicábale una especie de vibración que la hacía cien veces más conmovedora.

Villandrú cogió el papel en que intentaba trabajar, lo encerró en un cajón y tomó un paquete de deberes de sus alumnos, con la esperanza de encontrar en ese trabajo ingrato y minucioso un medio de substraerse a los pensamientos que le acosaban.

Tampoco eso dió resultado; al través de las torpezas escolares, veía pasar la falda de suave color gris rosado que llevaba la señorita Leniel el día de su primer encuentro, acaecido no hacía aún cinco meses. ¡Tan poco tiempo! Y al pensar así, parecía que toda su vida anterior había retrocedido a un remoto pasado. No había olvidado ninguna entrevista, ningún pormenor; habría podido decir en qué momento exacto de la velada se había Aurette vuelto hacia él, después de haber hablado largo rato con otro; sabía lo que ella había dicho, había contado sus silencios... ¡Oh, cómo la amaba! ¡Cómo la había amado desde

do esa ilusión, é investigando un ¡poco más, tal vez habría descubierto algo, porque estaba en vías de ello; pero su amor le había quitado toda energía que no fuera la de la resistencia. ¿Quién no se gastaría golpeando siempre con la frente el mismo granito? Toda su fuerza la emplearía en conseguir que Aurette ignorase su amor, porque si ésta sospechase la menor chispa de cariño en él, ¿no miraría acaso con desprecio al profesor, pobre enamorado de la fortuna de la rica heredera?

¡Qué lástima, después de todo! Aurette sentía por él simpatía y seguramente estimación, sí, estimación, estaba convencido de ello; también le estaba agradecida, bien lo sabía, por la amistad que profesaba a Juan, y todo esto formaba un sentimiento muy suave que prestaba calor a su corazón. Cuando no se había recatado, un momento antes, de llorar por su perro, le había dado una prueba de confianza que a otro cualquiera habría negado..., a otro cualquiera á quien hubiese conocido desde hacía tan poco tiempo. ¡Preciosa confianza, estimación inapreciable que había leído más de una vez en los ojos de Aurette! Pero además le profesaba amistad, bien persuadido estaba de ello. Para no perder esa amistad ni esa estimación era preciso que supiera ocultar su locura... y la ocultaría.

Lo que le había hecho comprender la índole del afecto que por ella sentía eran los celos extraños que se habían apoderado de él cuando la voz pública la había casado con Dorvety. ¡Ella unida á ese bobo! ¡Qué profanación! Sin la excusa de la juventud ignorante, del arrebato irreflexivo, juzgándole como ella le había juzgado, ¿se habría casado con él? ¿Para qué? ¿Para casarse? ¿O tal vez seducida por sus maneras elegantes y por sus aspiraciones al título de Cazador mayor de lobos de Francia?

Por aquellos rumores de los que ella no era responsable, hábale él guardado cierto rencor. ¿Por qué dejaba que se propalasen? Y cuando en presencia suya había Aurette declinado toda tentativa de mayor intimidad con aquel pretendiente, le había quedado tan agradecido que por poco se descubriera; pero no se había des-

cubierto, estaba seguro de ello; porque de no ser así, ¿habría ella tolerado á su lado aquel mismo día cuando juntos enterraron al pobre Bruno?

¿Era prudente lo que él había hecho de besarle la mano? Y sin embargo, estaba cierto de que sólo había obedecido á un sentimiento de respetuosa conmiseración hacia ella, la cual seguramente no lo habría tomado á mal.

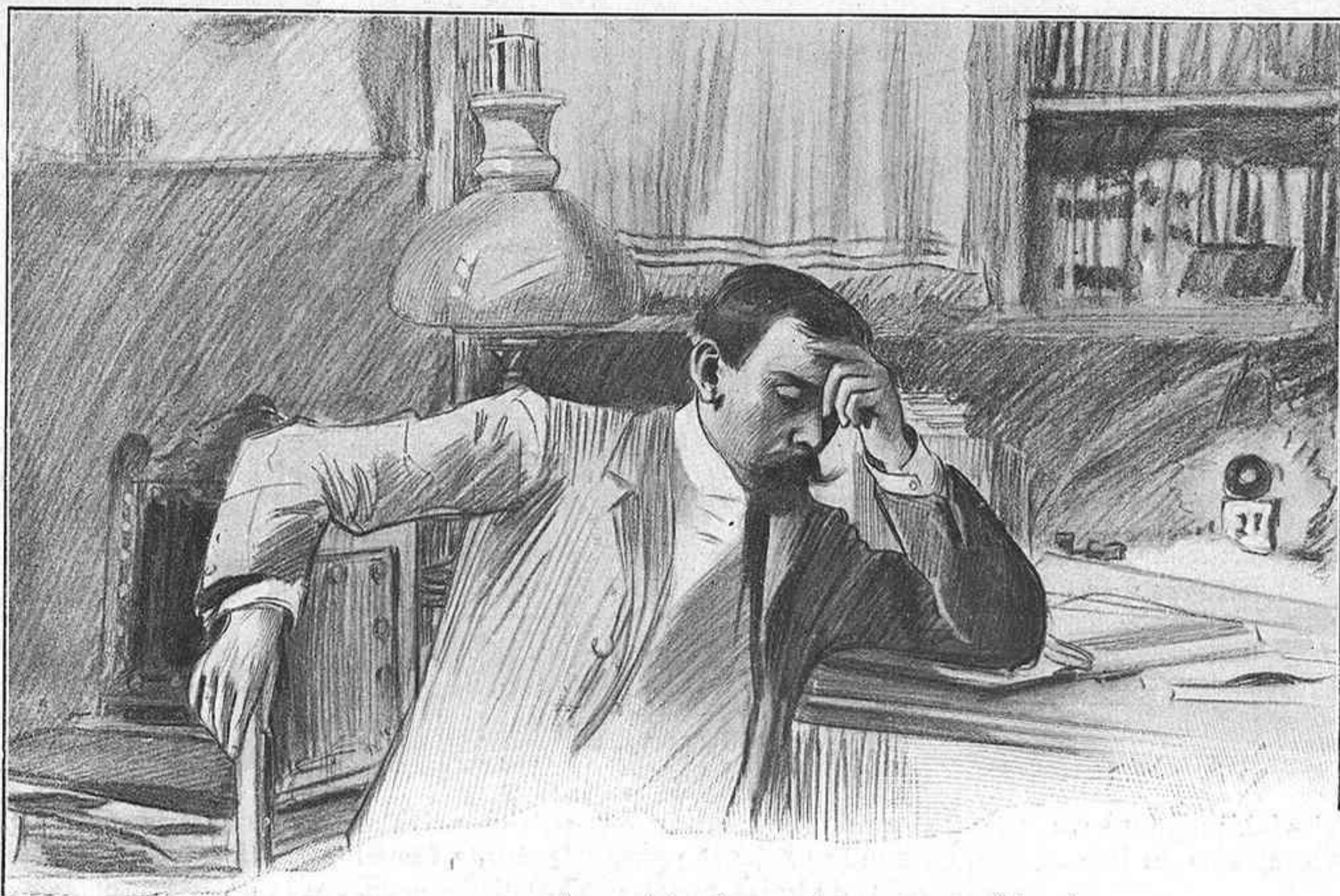
Pero de todos modos, era una imprudencia, porque una vez puesto en este camino, ¿sabía dónde se detendría? ¿Quién puede responder de sí mismo? Todo era mejor que perder la estimación de Aurette, pues por triste que fuese una existencia que ella no debía jamás compartir, aún era un paraíso comparada con lo que podía ser con su desprecio, aun siendo inmerecido. Y si algún día se le escapaba su secreto, ¿cómo justificarse? ¿Ninguna explicación sería posible!

Y Villandrú, cada vez más débil, vencido por el amor que le profesaba, aterrado por el temor de su menosprecio, se preguntó si el ver á Aurette no constituía el peligro mayor que jamás hubiese amenazado á su honor de hombre.

Largo rato se paseó por la habitación con paso lento y mesurado, buscando una solución al conflicto y rechazando la única que se presentaba, como el herido rechaza la amputación que puede salvar su existencia.

Al fin, después de haber pensado mucho, se sentó, apoyó la cabeza en las manos, cerró los ojos, reunió en su corazón todos los testimonios raros y preciosos de aquella estimación que le compensaría de todo lo demás, como si fuesen una brazada de flores que se va á arrojar sobre una tumba, y adoptó una resolución heroica.

Su destino quedaba determinado: en lo sucesivo, seguiría imperturbable aquel camino. Pero aquella noche no pudo conciliar el sueño, porque sentía el corazón desgarrado.



... se sentó, apoyó la cabeza en las manos, cerró los ojos...

el primer día! Cuando Aurette se había acercado á él con el *Pascal* abierto en la página adivinada, había creído sentir que la amaba ya desde hacía mucho tiempo ¡y era la segunda vez que se encontraba con ella!

¡Cuán feliz se había sentido al verla tan generosa, tan franca, tan animosa, con ocasión de los amores de Lucila! No ciertamente, no se había sentido molestado porque hubiese pensado en dotar á su hermana; en cualquier otra persona habría considerado aquello como una ofensa, ¡pero de ella!.. ¿Quién habría podido nunca ofenderse por una acción de Aurette ó tomarla á mala parte? Obraba con absoluta sencillez de corazón, con una franqueza tal, que todo en sus actos aparecía sencillo y claro, con una temeridad en el bien que desconcertaba la crítica. ¡Era muy francesa esa valerosa Aurette! Iba recta á su objetivo sin preocuparse siquiera de si el camino era difícil ó peligroso. ¿No le había dicho su conciencia que pasara? ¡Pues pasaba!

Villandrú apartó los cuadernos llenos de abstrusos jeroglíficos, hechos por pequeños cerebros puestos en grave aprieto. ¡Cuánto más complejo é indescifrable no era para él el problema de la vida! ¡Por qué no había nacido pobre y humilde aquella inaccesible Aurette! ¡Cómo habría él trabajado por ella! ¡Cuán fáciles le habrían parecido las noches pasadas en el trabajo, los fastidiosos días de repaso, las clases reiteradas! Habría acumulado tarea sobre tarea para proporcionarle el lujo casi divino de las flores, puesto que amaba las flores, generosas y francas como ella.

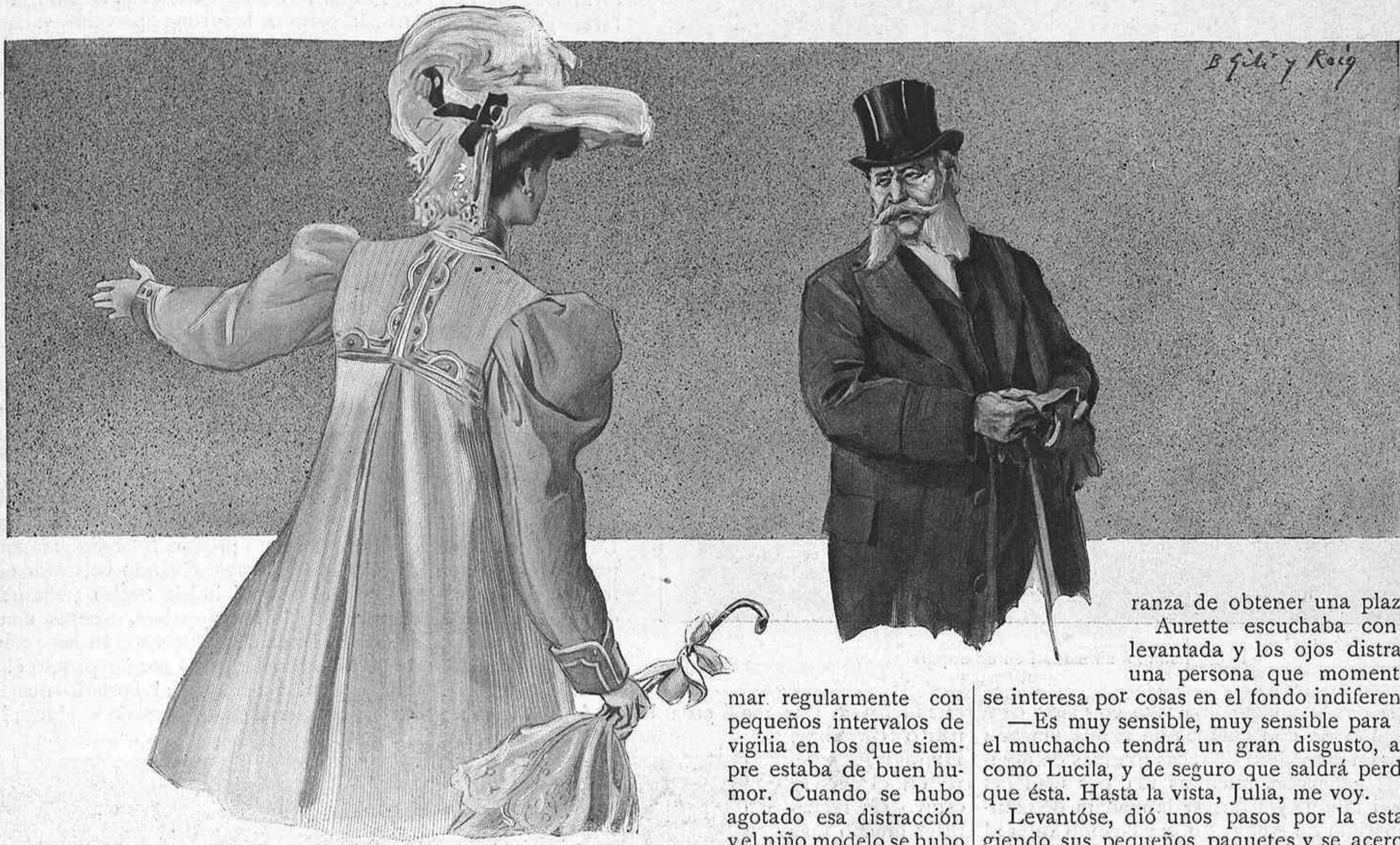
¡Pero era rica! Y esa riqueza, ¡ay!, los separaba para siempre. Desalentado, agobiado por el exceso de trabajo, no podía tener la esperanza de realizar uno de esos descubrimientos que encumbran el nombre de un individuo á bastante altura para igualarlo con los más grandes. En otro tiempo había acaricia-

XVI

Una mañana de agosto, quince días aproximadamente después de la muerte de Bruno, la señorita Leniel, viendo lo hermoso que estaba el tiempo, de-

por consiguiente, dedicarse con toda libertad á profundizar sobre una serie de pequeños problemas femeninos que por lo general no se tratan en presencia de los maridos. Después se divertieron con las monadas del recién nacido, niño pacífico y perfecto que realizaba el ideal del angelote, es decir, dormir y ma-

—No ha dado razón alguna; quizás espera poder ir á París... Una vez dijo, hace ya mucho tiempo, que le había gustado mucho la capital á fin de estar más al corriente del movimiento científico; pero entonces tenía su capitalito... Ahora la cosa sería más difícil... Además no he oído decir que tenga esperan-



El doctor se calzaba los guantes cuando entró precipitadamente su sobrina

ció ir á pie á Angers. Hay en la vida días en los cuales la actividad parece más alegre y más necesaria, y la brisa que por dos veces había derribado el sombrero de Aurette, mientras ésta inspeccionaba su jardín, habíale inspirado el deseo de moverse. Partió, pues, dejando á su sobrino que se las compusiera con Brochet, que no siempre opinaba del mismo modo que él; el niño y el criado, bien provistos de listones y de clavos, se habían propuesto construir sobre la tumba del pobre perro una glorieta, que estaría cubierta de verdura en la primavera siguiente, entretenimiento que consentían las vacaciones de Juan.

Los jardines que á lo largo de la carretera se extendían embalsamaban el aire, y los niños, en tiempo ordinario encerrados en las escuelas, daban á los caminos una animación particular; semejantes á bandadas de vocingleros gorriones, sus grupos tumultuosos se desbandaban al paso de los carruajes para volver á formarse en seguida. Entre aquellos muchachos había no pocos antiguos protegidos de Aurette que ésta había en otro tiempo elevado á la categoría de alumnos mientras llegaba el momento en que fueran á la escuela... ¡Cuán lejanos aquellos días en que había querido llenar el vacío de su corazón con una caridad activa! Después, Juan había bastado para ocupar su alma y su tiempo; y ahora el niño, ingresado en el liceo y sujeto á sus pequeños deberes de estudiante, ¿le bastaba todavía?

Mientras caminaba resguardándose de los rayos del sol con su sombrilla, Aurette se sonrojó sin que ni el calor ni el cansancio fueran causa de que sus mejillas se tiñeran de encendido color de rosa. Desde que había perdido su viejo perro, la vida parecía más dulce y sus pensamientos eran menos confusos; había en cierto modo organizado una existencia provisional en su alma. Sin duda Villandré no estaría siempre presente; quizás entonces mismo se había marchado, como suelen hacerlo los catedráticos cuando llegan las vacaciones, á algún sitio tranquilo á descansar de sus trabajos... Pero volvería el otoño y vendría luego el invierno con su acompañamiento de comidas, de veladas y por consiguiente de entrevistas, y el profesor la visitaría seguramente de vez en cuando... En materia de felicidad, Aurette no era muy exigente y no deseaba nada más que aquella.

Después de haber hecho las diligencias que la llevaron á la ciudad, la señorita Leniel fué á casa de Julia con intento de quedarse á almorzar. Armando Deblay estaba en la costa preparando la instalación veraniega de la familia, y las dos hermanas pudieron,

por su memoria inquieta, para ver si había olvidado algo.

—¡Ah! Ya sabía yo que algo tenía que decirte, y algo fastidioso... Con esos chiquillos pierde una la cabeza. ¿No sabes? Natividad Villandré ha pedido su traslado.

Por fortuna Aurette estaba sentada; de lo contrario, probablemente habría caído al suelo, tan violenta fué la sacudida que experimentó todo su ser.

—¡No es posible!, exclamó con los ojos dilatados por un dolor intolerable.

Julia, que mientras le hablara no había mirado á su hermana, se volvió impresionada por la alteración de su voz, y la vista de aquel rostro repentinamente palidecido y contraído le reveló lo que jamás había sospechado.

—¡Aurette... Aurette!.. Quizás no es cosa del todo resuelta, díjole cogiéndole las manos. ¡Me das miedo!

Aurette desprendió sus manos de las de Julia, pasóse una por la frente y esforzándose por reír respondió.

—¿No es un absurdo el ser tan impresionable? En seguida he pensado en Juan... que perdería demasiado si... fuese verdad lo que acabas de decir, porque tiene en Villandré un amigo á quien no podríamos reemplazar.

Había recobrado una apariencia de calma que habría podido engañar á cualquier otra persona que no fuese Julia; pero ésta la conocía demasiado bien para equivocarse; además un temblor nervioso agitaba un pliegue de la falda de Aurette, quien, al notar lo, pasó la mano por la tela y el pliegue permaneció inmóvil.

—¿Cómo lo has sabido?, preguntó sin que su voz hubiese podido recobrar su timbre habitual.

—El director se lo ha dicho á tío Rozel; el buen señor está muy afligido y todo el liceo se siente desconsolado por la pérdida de un profesor tan perfecto. No será sólo para Juan para quien resultará irremplazable. ¡Y Lucila que nada sabe de ello! Cuando se enteré de que su hermano se marcha de Angers, tendré un gran disgusto. Figúrete tú, ¿se veían todos los días!

Julia hablaba un poco al azar para dar á su hermana tiempo de serenarse; así es que formuló una serie de lamentaciones insignificantes, y cuando ya no supo qué decir, acercóse á la cuna como si el niño se hubiese movido, aunque en realidad el chiquillo continuaba durmiendo tranquilamente.

—¿Y no se sabe por qué ha pedido su traslado?, preguntó Aurette en un tono tan grave que á Julia casi le vinieron ganas de llorar.

mar regularmente con pequeños intervalos de vigilia en los que siempre estaba de buen humor. Cuando se hubo agotado esa distracción y el niño modelo se hubo dormido nuevamente en su cuna, Julia miró en torno suyo, espoleada

ranza de obtener una plaza en París Aurette escuchaba con la cabeza levantada y los ojos distraídos como una persona que momentáneamente se interesa por cosas en el fondo indiferentes.

—Es muy sensible, muy sensible para Juan, dijo; el muchacho tendrá un gran disgusto, acaso tanto como Lucila, y de seguro que saldrá perdiendo más que ésta. Hasta la vista, Julia, me voy.

Levantóse, dió unos pasos por la estancia recogiendo sus pequeños paquetes y se acercó luego al espejo para ponerse el sombrero; pero todo esto con aire fatigado, quebrantado, que hizo asomar las lágrimas á los ojos de Julia.

—¡No te vayas!, dijo ésta acariciándola. ¡Quédate un poco más!

—¿Por qué?, preguntó Aurette, cuya altivez rebeldada le cubrió el rostro de rubor. Juan está solo y es preciso que yo vuelva á casa.

—Pues voy contigo, dijo espontáneamente Julia.

—No, gracias; tengo que hacer aún algunas diligencias en la ciudad y te fatigarías inútilmente.

La señora Deblay la contemplaba indecisa, inquieta, y Aurette, comprendiendo que su hermana la observaba, había recobrado la elasticidad de sus movimientos.

—Oye, dijo Julia; el sábado nos vamos á orillas del mar..., vente con nosotros; la casa es grande y podremos instalarte bien, lo mismo que á Juan.

—Gracias; ya veremos..., no sé si podré.

—Es menester que nos acompañes; hace tiempo que no estás bien, y si te quedases sola yo estaría con cuidado.

—Ya veremos, repitió la señorita Leniel un tanto embarazada; te agradezco tu interés, pero cree que estoy perfectamente.

—Bueno; de todos modos necesito una respuesta. Hoy es martes; ven el jueves á decirme que aceptas.

—Vendré el jueves, mas no te prometo si aceptaré tu invitación.

—El jueves, convenido. ¿Quieres que fijemos una hora? Como en los últimos días hay tanto que hacer, he de distribuir el tiempo... ¿Quieres el jueves, á las tres?

—A las tres, corriente; así podré estar de vuelta en casa para la comida. Si Juan quiere venir...

—No traigas á Juan, repuso Julia con viveza; quizás tenga que pedirte un favor, y los niños no tienen necesidad de saber ciertas cosas.

—Está bien, respondió Aurette con una apatía extraña en ella, que de ordinario gustaba de afrontar en seguida cualquier asunto.

Después besó á su hermana y salió.

Por la ventana cerrada y al través de las cortinas, Julia la vió doblar la esquina de la calle. ¡Qué andar tan lento y tan abatido el suyo! Sobre los hombros de la pobre joven parecía pesarse un mundo, sin que ella intentara siquiera resistirse, convencida de su impotencia. La señora Deblay se puso el sombrero, llamó á la niñera para que cuidara del niño y encaminóse á toda prisa á casa de su tío Rozel.

Terminada en aquel momento la consulta, el doctor se calzaba los guantes cuando entró en su despacho precipitadamente su sobrina.

(Se continuará.)

LA CAZA DE UN MANATÍ

Cerca de veinte años he andado tras los manatíes ó vacas marinas por las aguas de la costa occidental



Persiguiendo á un manatí en un esquife

de la Florida del Sur. Cogí uno vivo en cierta ocasión y le dejé atado con cuerdas de media pulgada de grueso en un comedero de vacas marinas de algunos acres de extensión, mientras iba por maderas para hacer un tanque y á buscar la manera de mandarlo al Aquarium de Nueva York; y cuando volví al cabo de una semana el animal no había tenido á bien aguardarme. De natural apacible, inofensivo en la apariencia y sin armas, tiene, sin embargo, el manatí una fuerza enorme y puede con facilidad romper las cuerdas que le sujetan y hacer pedazos un esquife de un coletazo.

Hace pocos años se creía que estaban próximos á extinguirse, pero ahora se les ve con frecuencia y va aumentando su número. Su timidez les pone á cubierto de las balas de los cazadores. A algunos de estos últimos les detiene la pena impuesta á los que los matan únicamente por el placer de matarlos, á otros cierto sentimiento de conmiseración que empieza á difundirse entre los habitantes de la costa.

Tratando de coger uno vivo, agoté todos los recursos de mi ingenio é inutilicé todo el material que á mi disposición tenía. Puse redes de orilla á orilla de los ríos, pero los astutos manatíes se volvían atrás y seguían por otros rumbos su camino. Construí una plataforma sobre el esquife para colocar una red larga de grandes mallas, profusamente provista de corchos y plomos, y á remolque de la lancha la llevé por las bahías donde están los comederos favoritos de los manatíes; pero siempre que traté de coger alguno, se escurría y buscaba, hasta encontrarla, una salida. Embarcado en el esquife perseguíalos, tirán-

doles la red á la cabeza, sin otro resultado que ver cómo resbalaba por el lomo. Otras veces les echaba un lazo con sus plomos; pero empleando hábilmente las aletas, lo iban empujando hasta sacarlo fuera del hocico, al mismo tiempo que con la cola daban tan fuerte golpe en la proa, que por poco hacían zozobrar la navicilla, haciendo caer al agua á alguno de los que la tripulábamos.

Por último, preparamos un arpón pequeño, de un solo garfio, para que únicamente penetrara en el pellejo, y le atamos una cuerda de algunos cientos de pies de largo y de un octavo de pulgada de grueso. Con él herimos en mitad de la ancha cola á un manatí. Después que hubo pasado el primer ímpetu de la huida, me acerqué á él todo lo posible, y al subir á respirar á la superficie, iba á proa le echó al hocico un

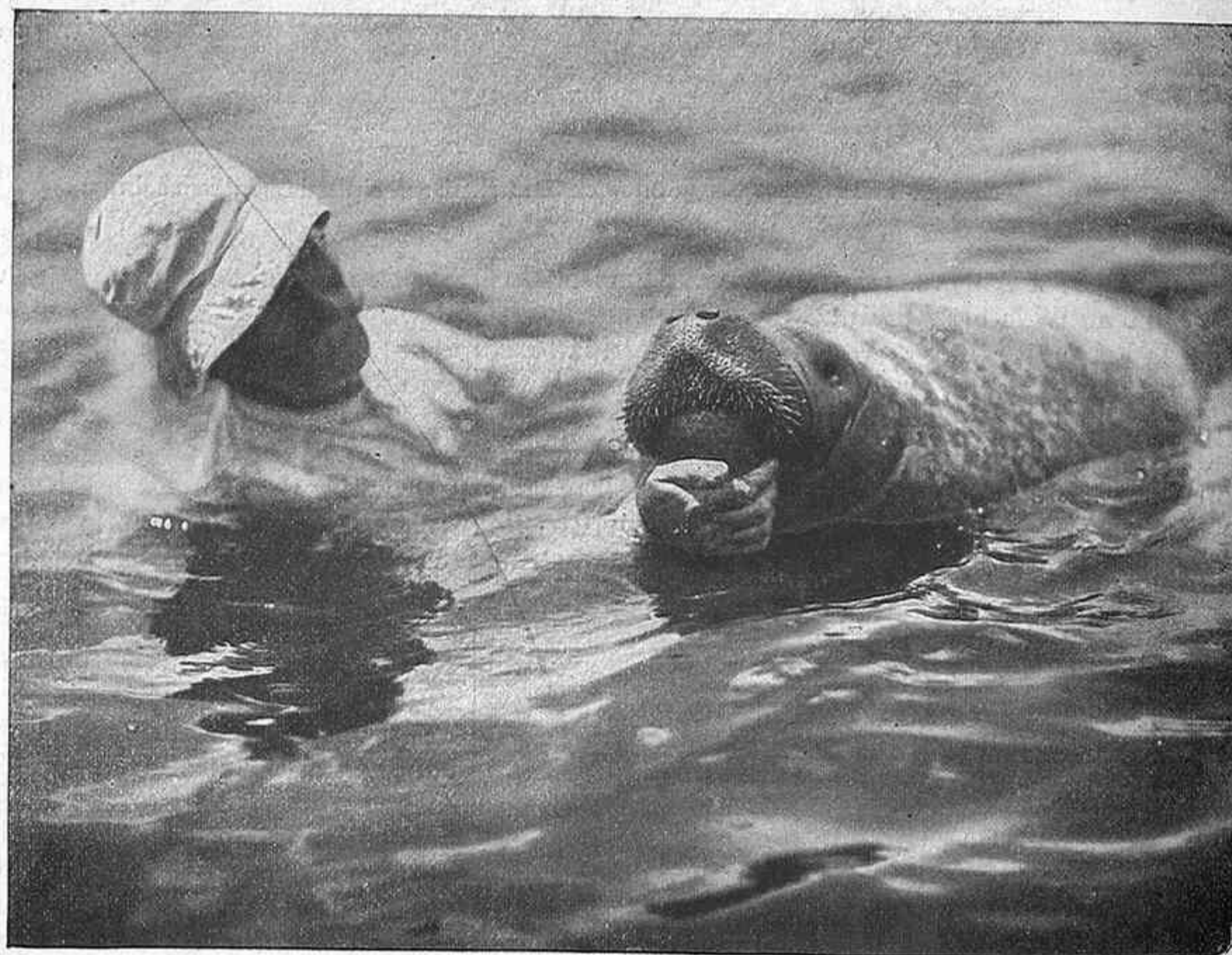
el muchacho que iba á proa le echó al hocico un nudo corredizo. Hundióse de nuevo en el agua y estuvo sin reaparecer mucho más tiempo que la primera vez; al fin, cuando yame cansaba de mirar lleno de impaciencia por el costado del bote por donde se había hundido, apareció por el opuesto. Durante unas horas nos remolcó el manatí por parajes desconocidos, á través de un laberinto de canalizos, hasta una pequeña bahía que nos pareció ser el centro y metrópoli de todos los mosquitos del universo.

Después de anocheado, seguimos arrastrados al Este y al Oeste, al Nor-

te y al Sur, por lagunas, esteros y ríos, en completa obscuridad, sin saber dónde nos hallábamos, dirigiendo siempre el bote en la dirección que el manatí quería. Al penetrar en la bahía en que desemboca el río Ancho, apareció la aurora, mostrándonos cuál era nuestra situación. El manatí estaba de buen temple, nadando lentamente á corta distancia delante de nosotros, y subiendo á intervalos regulares á la superficie para aspirar despacio el aire. Una vez, al levantar el hocico sobre el

agua, el muchacho de cámara le arrojó un lazo corredizo á la cabeza y tiró de él; inmediatamente un golpe tremendo de la cola casi hizo sumergir la lancha y echó al mar al muchacho, que volvió á la superficie llevando arrollada al cuello la soga misma con que había sujetado á la vaca marina. En menos tiempo de lo que tardó en quitársela, se zafó el manatí del lazo. Repetimos la misma operación varias veces con idéntico resultado, hasta que casi se familiarizó con el nudo corredizo, tomándolo á broma y burlándose de nosotros. En cuanto se lo apretábamos un poco, con mucha sutileza lo iba haciendo resbalar con las aletas hasta verse libre de él, echándolo fuera del hocico. Si quedaba tan atrás que no pudiera alcanzarlo con las aletas, se ponía en franquía de una sola sacudida de la cola. En una ocasión, el ruido corredizo hizo presa en la parte blanda de la trompa y se sostuvo el tiempo necesario para que pudiéramos atar una cuerda á una aleta, y con esta ayuda lo llevamos, unos ratos de grado, otros por fuerza, hasta una pequeña caleta; pero esto fué después de veinticuatro horas de continua lucha y de haber recorrido más de cuarenta millas por mares y esteros. Allí lo amarramos bien con cuantas cuerdas encontramos en la lancha y en el esquife.

Como la goleta en que cruzábamos por aquellos parajes se hallaba entonces á unas treinta millas de distancia de nosotros, tomando por el más próximo de los canalizos navegables nos fuimos en su busca, dejando á nuestro prisionero completamente solo por unas veintiséis horas. Cuando volvimos echamos de ver que el manatí había hecho pedazos todas las cuerdas que lo aprisionaban, excepto una que tenía amarrada á una aleta. Pocas eran las probabilidades de poderlo retener, pero por de pronto el animal estaba quieto. Pusimosle al costado nuestro esquife mayor, que tenía cuatro pies de anchura; lo sumergi-



Manatí sujeto por una aleta y por el hocico

te y al Sur, por lagunas, esteros y ríos, en completa obscuridad, sin saber dónde nos hallábamos, dirigiendo siempre el bote en la dirección que el manatí quería.

Al penetrar en la bahía en que desemboca el río Ancho, apareció la aurora, mostrándonos cuál era nuestra situación. El manatí estaba de buen temple, nadando lentamente á corta distancia delante de nosotros, y subiendo á intervalos regulares á la superficie para aspirar despacio el aire. Una vez, al levantar el hocico sobre el

mos en los cinco pies de agua que había en el sitio en donde el manatí estaba, y empujando el esquife sumergido, conseguimos meter al animal sin que opusiera resistencia dentro de la embarcación, de cuyas bordas sobresalía más de un pie; luego arrollamos y atamos las cuerdas alrededor de la navicilla y del manatí, seguros de que esta vez lo habíamos dominado. Pero de pronto encorvó el lomo hasta casi tocar la cabeza con la cola y saltaron las cuerdas que lo sujetaban; después, alzando la inmensa cola, inundándonos con la gran masa de agua que desplazó, la dejó caer sobre la popa del esquife con fuerza tan tremenda, que hizo astillas la canoa. Siguió dando coletazos y cuando hubo terminado aquel furioso golpear y pudimos escapar del remolino que formaba, tuvimos la gran satisfacción de ver que todos estábamos ilesos.

Después de hacer añicos la canoa tranquilizóse el animal y nos dejó que lo volviéramos á liar con las sogas y lo aseguramos de tal manera que nos parecía imposible que pudiera escaparse.

Cuando me proveí de los materiales necesarios para hacer un tanque flotante capaz de contener al manatí que cogiéramos, no se me había ocurrido que pudiera ser éste tan grande como el que habíamos aprisionado. Faltaban maderas y otras cosas, pero las podíamos encontrar en Everglade, á cuarenta y cinco millas de distancia. Ofrecióse á ir por ellas el mucha-



Aproximándose al manatí

cho de cámara, prometiendo estar allí al amanecer si funcionaba bien el motor de la lancha. Aquella noche pude dormir muy poca cosa, así porque me preocupaba la idea del peligro que corría aquel muchacho navegando completamente solo junto a la costa en una embarcación tan pequeña y con la mar algún tanto alborotada por una brisa de Sudoeste, como por los frecuentes coletazos que daba en el agua el animal que estaba cerca de mí. Desde que clareó el día me dediqué a vigilar al manatí, sobre cuyo lomo iba apilando montones de hierba mojada, pues la marea, que bajaba, lo iba dejando al descubierto y expuesto a los verticales rayos del sol de los trópicos.

Por la tarde llegó la lancha, que nos traía lo que nos hacía falta.

Al mediodía del siguiente quedó concluido el tanque, calafateado y bien amarrado a los árboles vecinos. Me aproximé al animal, que estaba sumamente tranquilo; pero me pareció que respiraba con dificultad. Le toqué los labios y no los movió. Mis compañeros dejaron de trabajar y se aproximaron; el animal tenía los ojos cerrados y no respiraba. Aquella tarde, en vez de embarcarlo para un aquarium, lo preparamos para mandarlo a un museo.

Un mes después estábamos en las mismas aguas. Habíamos puesto un motor a la goleta a fin de que pudiera cruzar con más facilidad por los pasajes estrechos y de poco fondo, y llevábamos un pequeño esquife con su diminuta maquinilla. El tanque continuaba anclado en el sitio mismo en donde lo habíamos dejado; nos alentaba la esperanza de encontrar quien lo ocupara. Vimos y seguimos algunos manatíes, pero sin tratar de cogerlos, unas veces porque eran demasiado jóvenes, otras porque estaban tan lejos del tanque y de la goleta, que no me atreví a abordar el problema de su conducción hasta allí. En vista de esto determiné no amarrar a ninguno mientras no fuera en lugar adonde pudiéramos llevar el tanque.

Una buena oportunidad se nos presentó una vez, pero fué al ponerse el sol; no me atreví a exigir de mis acompañantes que se pasaran la noche junto conmigo en aquellos esteros infestados de mosquitos.

de cuerda de un cuarto de pulgada de grueso con mallas de dos pies y de unos seis de largo, a la que mantenían abierta dos anillas de acero de cuatro pies de diámetro. En ella le tuvimos encerrado hasta que pudimos trasladarlo a otra de doce pies de longitud, en la que lo remolcamos hasta alojarlo en el tanque, que amarramos fuertemente a la goleta.

Resultó ser el tanque demasiado grande para él; necesitábase otro de poco más de una tercera parte de su tamaño y además un lanchón en que conducirlo hasta Miami. Hubo, pues, que hacer un segundo viaje de noche a Everglade, pero esta vez fueron dos hombres; otro se quedó conmigo para cuidar del manatí. Terminado el nuevo tanque metimos en él al animal; agujereamos el lanchón, sumergiéndolo debajo del tanque; volvimos a tapar los agujeros, achicamos el agua y emprendimos la marcha llevándolo a remolque.

Cinco horas se necesitaron para cargar el tanque con el manatí en un carro del ferrocarril, teniendo que retrasarse la salida del tren más de una. Cuando éste echó a andar llevándose mi prisionero, facturado para el Aquarium de Nueva York, por primera vez después de un año pensé sin angustia ni zozobra en el imprudente

ofrecimiento que por telégrafo había hecho a dicho establecimiento de proporcionarle un manatí vivo sin tener todavía ninguno en mi poder.

Medía el manatí, cuando lo cogimos, diez pies y cuatro pulgadas de largo. Parece que le sentó muy bien el viaje de una semana que hizo, pues cuando llegó al Aquarium, según aseguraron los periódicos de Nueva York, tenía diez y ocho pies de longitud. Unos veinte días después recibí un telegrama participándome que había muerto a consecuencia de una infección de la sangre, ocasionada por una antigua herida de bala de fusil.

A. W. DIMOCK.

(Fotografías de Julián A. Dimock.)



Cazadores tratando de amansar a un manatí

Nuestra ruidosa presencia en aquellos parajes no ahuyentó de sus guaridas a los manatíes; al contrario, se familiarizaron completamente con nosotros. Los veíamos nadando tranquilamente por el fondo del río, casi debajo de la hélice en movimiento. Al fin herimos a uno desde el esquife con un arpón, y en menos de una hora lo sujetamos. Yo mantenía siempre la canoa lo más cerca que podía de él, y cuando subía a la superficie del agua a respirar, los demás le tiraban los remos al hocico. Uno de los nuestros, en otra canoa automóvil, daba vueltas en derredor, recogiendo los remos y devolviéndonoslos otra vez. Cuando ya el animal se encontraba falto de resuello y se veía obligado a tener fuera del agua algún tiempo la cabeza, le arrojé a ella una red hecha

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
* Célebre Depurativo Vegetal *
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ie}, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

Data de 1849 Paris
PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARFOLLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
Casa CANDÈS 46 St-Denis, 46

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUBE-ALBESPEYRES, 78, Faub^o St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

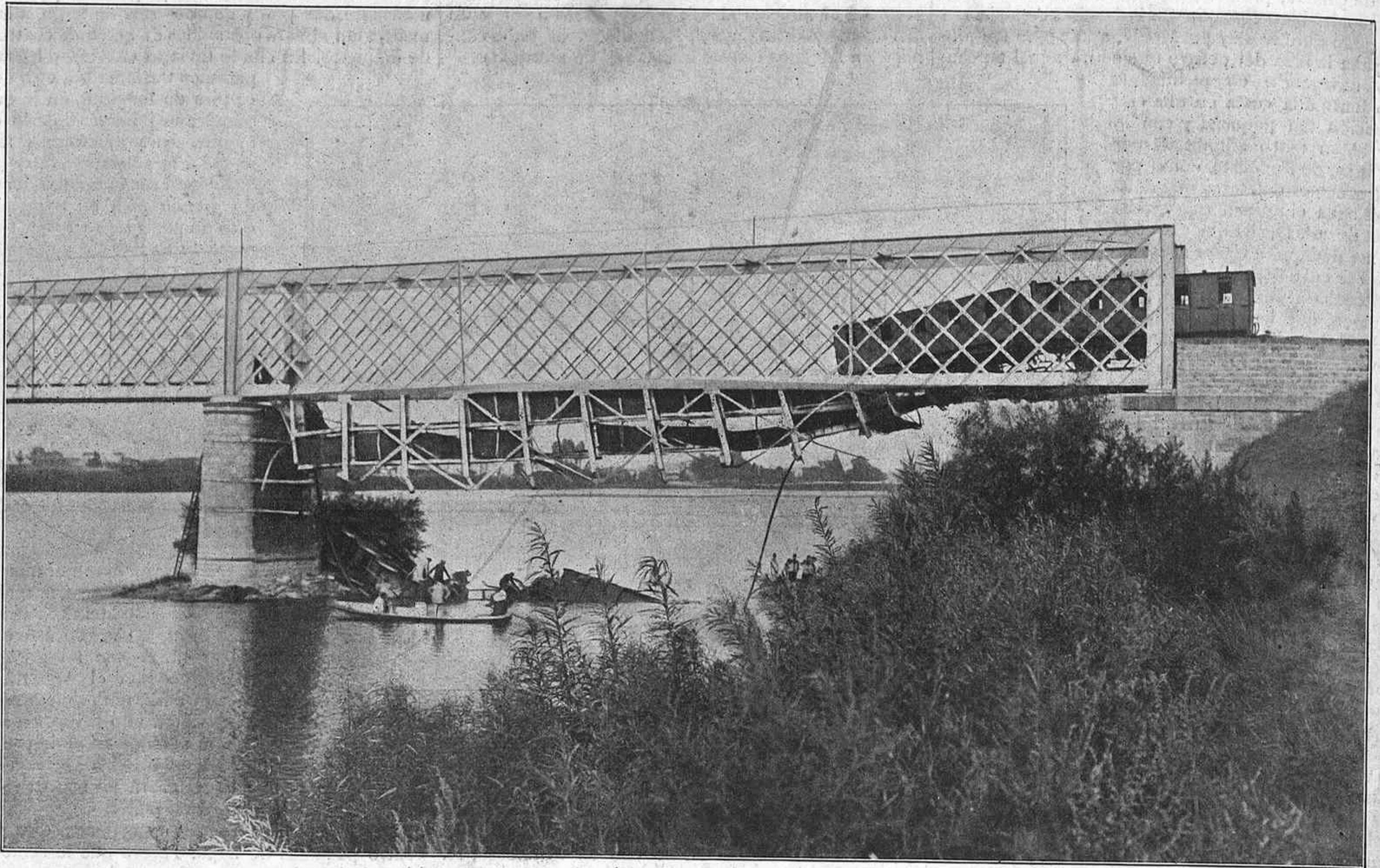
ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

HARINA LACTEADA NESTLÉ
Contiene la mejor leche de vaca.
Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida a la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



Ponts-de-Ce (Francia).—La catástrofe del puente de Maurilliers sobre el Loira, á consecuencia de la cual han perecido treinta personas y han resultado heridas quince. (Dé fotografía de M. Branger.)

A las once y veinticinco de la mañana del día 4 salía de Angers un tren ómnibus lleno de pasajeros, que se dirigían á los pueblos cercanos, para pasar en ellos alegremente el domingo. Pocos minutos después, veinte metros antes de llegar al puente de Maurilliers, cerca de Ponts-de-Ce, descarriló la locomotora, y saltando por encima del puente cayó al río, arrastrando consigo el tónder, el furgón y un vagón de tercera clase.

El resto del convoy pudo salvarse, gracias á haberse roto los enganches y á haber funcionado á tiempo los frenos Westinghouse.

Organizados inmediatamente los socorros, no tardaron en llegar los zapadores

del 6.º regimiento de ingenieros, de guarnición en Angers, que procedieron á la extracción de los cadáveres y al salvamento de los sobrevivientes. El número de los primeros asciende á unos treinta y el de heridos á quince; muchos de aquéllos no han sido encontrados, siendo de suponer que la corriente los ha arrastrado.

El puente, que en parte quedó destrozado, está á siete metros de altura sobre el río, y la profundidad de éste en aquel sitio es de unos tres ó cuatro metros.

El ministro de Obras Públicas M. Barthou, que se hallaba en Trouville, al tener noticia del suceso partió inmediatamente para el sitio de la catástrofe, adonde llegaba en las primeras horas de la madrugada del día 5.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
de **BLANCARD**

EXIGIR LA MARCA
de **BLANCARD**

APROBADAS
por la
Academia
de
MEDICINA

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^o, 40, R. Bonaparte, Paris.

AVISO Á
LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS
RES

JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ia} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

INFLUENZA ★ RACHITIS
ANEMIA VINO CLOROSIS
AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

PATE EPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVOLE, DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN